

DESMOND MORRIS

OBSERVE A SU GATO



OBSERVE A SU GATO

DESMOND MORRIS

PLAZA & JANES EDITORES, S.A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
EL GATO	18
¿Por que ronronea el gato?	28
¿Por qué a los gatos les gusta que les acaricien?	29
¿Por qué el gato desgarrar la tela de su sillón favorito?	30
¿Por qué un gato se echa al suelo sobre la espalda al verte?	32
¿Por qué un gato se frota contra tu pierna al saludarte?	33
¿Por qué algunos gatos se alzan sobre sus patas traseras cuando te saludan?	34
¿Por qué un gato te pisotea el regazo con las garras delanteras?	35
¿Por qué un gato entierra sus heces?	36
¿Por qué un gato pasa tanto tiempo acicalándose el pelaje?	38
¿Por qué un gato menea la cola?	41
¿Por qué un gato macho rocía de orina la pared del jardín?	43
¿Qué extensión tiene el territorio de un gato?	45
¿Qué grado de sociabilidad tienen los gatos?	48
¿Por qué los gatos maúllan para que les dejen salir y vuelven hacerlo para que les dejen entrar?	50
¿Por qué hace un gato señales con las orejas?	51
¿Cómo pelean los gatos?	53

¿Por qué un gato arquea el lomo cuando ve a un perro desconocido?.....	57
¿Por qué bufan los gatos?	59
¿Por qué un gato mueve la cola cuando va a cazar un pájaro sobre la hierba?.....	60
¿Por qué un gato castañetea los dientes al ver un pájaro a través de la ventana?.....	62
¿Por qué un gato mueve la cabeza de un lado a otro cuando se queda mirando a su presa?	64
¿Por qué a veces un gato juega con su presa antes de matarla? .	64
¿Cómo prepara su comida el gato?.....	66
¿Es deficiente el gato como controlador de animales dañinos?. ...	68
¿Por qué los gatos ofrecen presas recién cazadas a sus dueños? .	70
¿Por qué los gatos comen hierba?	71
¿Cómo emplea un gato sus bigotes?.....	72
¿Por qué los ojos del gato relucen en la oscuridad?	74
¿Por qué los ojos de los gatos se contraen en una abertura vertical?.....	75
¿Pueden los gatos ver los colores?	76
¿Cómo se las arregla una gata para cuidar a sus gatitos recién nacidos?	77
¿Cómo evitan los gatitos pelearse cuando maman de la madre? .	79
¿A qué velocidad se desarrollan los gatitos?	79
¿Por qué una gata traslada sus gatitos a un nuevo nido?.....	80

¿Cómo aprenden a matar los gatitos?	83
¿Por qué a veces un gatito arroja un juguete al aire cuando juega?	84
¿Cuándo se hacen los gatos sexualmente maduros?	86
¿Se reproducen muy deprisa los gatos?.....	87
¿Cómo llevan a cabo los gatos el cortejo?.....	88
¿Por qué el gato agarra a la hembra por el cogote cuando copulan?	91
¿Por qué la hembra grita durante el acto del apareamiento?	92
¿Por qué parece que los gatos tienen una risa burlona?.....	94
¿Cómo consigue el gato caer siempre de pie?	95
¿Cómo se comportan los gatos cuando envejecen?	96
¿Por qué un gato se lame la boca no estando sediento?	99
¿Por qué los gatos reaccionan tan vigorosamente a la nébeda? .	100
¿Cómo se las apaña el gato para encontrar el camino de vuelta a casa?	102
¿Pueden predecir los gatos los terremotos?	105
¿Por qué hablamos de siesta de gato?.....	106
¿Por qué los dueños de gatos tienen mayor salud que las demás personas?.....	108
¿Por qué a una gata se le llama reina?	109
¿Por qué, en inglés, a un gato macho se le llama tom?	109
¿Por qué a un burdel se le llama "casa de gatitas"?	110

¿Por qué en inglés el refrán "descubrir el pastel" se llama let the cat out of the bag (sacar el gato de la bolsa)?	110
¿Por qué se dice "gato con guantes no caza ratones"?	110
¿Por qué en inglés pasar un gran susto se expresa con la frase having kittens (tener gatitos)?.....	111
¿Por qué nos referimos a las siete vidas del gato?	112
¿Por qué en inglés la expresión "no cabe un alfiler" se expresa con there is no room to swing a cat (no caber un gato)?	112
¿Por qué los ingleses la expresión "llover a cántaros" o "caer chuzos de punta" la expresan con la frase "llover perros y gatos" (it is raining cats and dogs)?	113

INTRODUCCIÓN

El gato doméstico es una contradicción. Ningún otro animal ha desarrollado una relación tan íntima con el hombre, y, al mismo tiempo, ha exigido y ejercido tal independencia de movimientos y de acción. El perro puede ser el mejor amigo del hombre, pero raramente se le consiente que vagabundee de jardín en jardín o de calle en calle. Al obediente perro se le saca a pasear. El testarudo gato sale a pasear sin compañía.

El gato lleva una doble vida. En casa es un gatito crecido que mira imperturbable a sus amos. Pero cuando se va de juerga es todo un adulto, es su propio jefe y hasta una criatura salvaje, de vida libre, avisgado y autosuficiente, entonces sus protectores humanos quedan por completo en el olvido. Este cambio de animal de compañía a animal salvaje, y luego doméstico otra vez, resulta algo fascinante de observar. Cualquiera dueño de un gato que, accidentalmente, haya seguido al animal fuera de casa, y le encuentre profundamente enfrascado en algún serial felino de sexo y violencia, sabrá de qué estoy hablando. Cuando, en un momento dado, el animal, enzarzado por completo en un intenso drama de galanteos y actos amorosos, localiza,

con el rabillo del ojo, a su dueño humano que lo está viendo todo, se produce un momento de turbación, de titubeo, y el animal cruza la calle a la carrera, se frota contra la pierna de su amo y se convierte una vez más en el gatito casero.

El gato logra continuar siendo un animal doméstico a causa de las secuencias de su educación. Al vivir con otros gatos (su madre y los compañeros de camada) y con el hombre (la familia que lo ha adoptado) durante su infancia y madurez, se apega a ambos y considera que pertenece a las dos especies. Es como un niño que crece en un país extranjero y, como consecuencia, se hace bilingüe. El gato se vuelve bimental. Físicamente puede ser un gato, pero mentalmente es a la vez felino y humano. Sin embargo, cuando es adulto del todo la mayoría de sus respuestas son felinas y tiene sólo una reacción más importante respecto de sus dueños humanos. Los trata como a unos seudopadres. Esto se debe a que lo apartan de su auténtica madre en un estadio muy sensible del desarrollo del minino, y empiezan a darle leche, alimentos sólidos y brindarle comodidad mientras sigue creciendo.

Éste es una especie de lazo más bien diferente del que se desarrolla entre hombre y perro. El perro ve a sus amos como seudopadres, al igual que el gato, y en este aspecto el proceso de afección es similar. Pero el perro tiene un nexo adicional: la sociedad canina es de una clase organizada, y la sociedad felina no. Los perros viven en manadas con relaciones de status altamente controladas entre los individuos. Hay perros grandes, perros medianos y perros pequeños y, en unas condiciones naturales, se mueven entre sí guardando siempre una jerarquía. Por lo tanto, el perro doméstico adulto ve a su familia humana, a un tiempo, como seudopadres y como miembros dominantes de su manada. De aquí su reconocida reputación para la obediencia y su celebrada capacidad para la lealtad. Los gatos pueden tener una compleja organización social, pero nunca cazan en manada. En estado salvaje, pasan la mayor parte del tiempo en cacerías solitarias. El dar un paseo con una persona carece de atractivo para ellos. Simplemente, no están interesados en aprender cosas tales como "ven aquí",

“échate”, “siéntate”. Unos ejercicios como éstos carecen de sentido para ellos.

Así, desde el momento en que un gato se las arregla para persuadir al dueño que abra una puerta (la más odiada de las invenciones humanas), ya le tenemos fuera sin echar la vista atrás. En cuanto cruza el umbral, se transforma por completo. La parte cerebral de gatito doméstico se desconecta y se conecta el cerebro de gato salvaje. En una situación de este tipo, el perro mira hacia atrás para ver si su compañero humano de manada le sigue para unirse a él en las juergas exploratorias, cosa que el gato no hace. La mente del gato se ha formado en otro mundo diferente y felino por completo, donde no tienen sitio los extraños monos bípedos.

Dada esta diferencia entre el gato doméstico y el perro doméstico, también los amantes de los gatos tienden a ser más bien diferentes respecto de los amantes de los perros. Como regla general, poseen una personalidad más fuerte, más independiente e inclinada a la acción. El tan ensalzado fenómeno de la “lealtad al grupo” es algo tan ajeno a los gatos como a las personas que los aman. Si se es amante de reuniones, miembro de una peña, uno de la pandilla de muchachos o componente de un equipo, existe la posibilidad casi segura de que en su casa no haya un gato acurrucado junto al fuego. El yuppie ambicioso, el político en ascenso, el futbolista profesional, no son típicos dueños de gatos. Es difícil imaginarse a un rudo jugador con un gato en el regazo: resulta mucho más fácil imaginárnoslo sacando a su perro a dar un paseo.

Los que han estudiado a los dueños de gatos y a los amos de perros como dos grupos distintos, informan incluso de la existencia de una tendencia marcada por sexos. Existe una gran preponderancia de mujeres entre las personas a las que les gustan los gatos. Esto no resulta sorprendente si tenemos en cuenta la división de trabajo que se ha desarrollado a través de la evolución humana. Los hombres prehistóricos se especializaron como cazadores en grupo, mientras que las mujeres se dedicaban a la recolección de alimentos y al cuidado de los niños. Esta diferenciación llevó al macho humano a una “mentalidad de manada”, algo que

se encuentra menos marcado en las hembras. Los lobos, los antepasados salvajes de los perros domésticos, también se convirtieron en cazadores en manada, por lo cual el perro moderno tiene mucho más en común con el macho humano que con la hembra humana. Un comentarista antifeminista se referirá a las mujeres y a los gatos como seres carentes de espíritu de equipo; y un antimachista verá a hombres y perros como gánsters.

Esta discusión puede llevarnos más lejos: la autosuficiencia felina y el individualismo contra la camaradería canina y la buena amistad. Pero resulta importante subrayar que, para llegar a un punto válido, he caricaturizado ambas posiciones. En realidad, existen muchas personas que disfrutan por igual de la compañía de gatos que de perros. Y todos nosotros, o casi todos nosotros, tenemos a un tiempo elementos felinos y caninos en nuestra personalidad. Padecemos estados de ánimo en que deseamos estar solos y callados, y en otro momento queremos encontrarnos en el centro de una estancia ruidosa y abarrotada.

Tanto el gato como el perro son animales con quienes nosotros, los humanos, hemos suscrito un solemne contrato. Hemos convenido un pacto no escrito con sus antepasados salvajes, por el que les ofrecíamos comida, bebida y protección, a cambio de cumplir ciertos deberes. Para los perros los deberes eran complejos, abarcaban todo un abanico de tareas: cazar, guardar la propiedad, defender a sus amos de los ataques, destruir las alimañas y actuar como bestias de carga tirando de nuestros carritos y trineos. En tiempos más recientes se le ha conferido un mayor campo de deberes al paciente y sufrido can, incluyendo en los mismos actividades tan diversas como guía para ciegos, perseguir a los criminales y participar en carreras.

Para los gatos, los términos del antiguo contrato fueron mucho más simples y han seguido siéndolo. Sólo existieron dos tareas, una primaria y otra secundaria. Se les requirió para que actuaran, en primer lugar, como reguladores de ratas y ratones; luego, además, como animalitos de compañía. Como cazadores solitarios de pequeñas presas, resultan de escasa utilidad para los cazadores humanos en

el campo. Como no viven en grupos sociales estrechamente organizados ni dependen de la ayuda de otros para sobrevivir, no dan la alarma cuando entran desconocidos en la casa, por lo que tienen escasa aplicación como guardianes del hogar o como defensores de sus dueños. Como por su pequeño tamaño no pueden prestar ayuda, tampoco sirven como bestias de carga. En nuestro tiempo, aparte de compartir los honores con los perros como animales de compañía para el hogar, y participar ocasionalmente en actuaciones en películas y obras de teatro, los gatos no han podido diversificar más su utilidad para el hombre.

A pesar de este menor compromiso en los asuntos humanos, el gato se las ha arreglado para conservar su puesto en nuestros afectos. Según una reciente investigación, en las islas Británicas existen casi tantos gatos como perros: unos cinco millones de gatos contra seis millones de perros. En Estados Unidos la proporción es levemente menos favorable para los felinos: unos veintitrés millones de gatos contra cuarenta millones de perros. Incluso así, se trata de una gran población de gatos domésticos que, en todo caso, está más bien subestimada. Aunque existen aún cazadores de ratones y de ratas, cumpliendo con sus antiguos deberes como destructores de alimañas, la inmensa mayoría de los gatos domésticos de hoy son animales de compañía o supervivientes salvajes. Dentro de los animalitos de compañía, algunos son de un fastuoso pedigrí, pero la mayoría son mestizos de cruces anteriores. La proporción de gatos de raza respecto de los mestizos es, probablemente, más baja que la de los perros de raza con relación a los mestizos. Aunque los concursos de gatos son tan encarnizados como las exhibiciones caninas, lo cierto es que se celebran en menor número, por existir menos razas de gatos de concurso. Sin el amplio espectro de las antiguas funciones que llevar a cabo existe una menor especialización en las razas que en otros tiempos. Además, difícilmente puede haber algunas. Todas las razas de gatos son buenas cazadoras de ratones y de ratas, y tampoco se pide más de ellas. Por lo tanto, cualquier modificación en la longitud del pelaje, en el color, en la pauta del mismo o en las proporciones del cuerpo, surge sólo en base de las

preferencias locales y los caprichos de los dueños. Esto ha llevado a lograr razas de gatos de pedigrí sobremanera bellos, pero no hay la asombrosa amplitud de tipos tan diferentes como se encuentran entre los perros. No existe un equivalente en gato del gran danés o del chihuahua, del san bernardo o del dachshund. Existe un alto grado de variaciones en cuanto al pelaje y el color, pero muy bajo en lo que se refiere a la forma corporal y al tamaño. Un gato verdaderamente grande, pesa más o menos nueve kilos; el menor, kilo y medio. Esto significa que, aunque considerásemos a un felino como un monstruo de circo en un extremo, los grandes gatos domésticos pesan sólo unas seis veces más que los pequeños; la situación entre los perros es bien distinta: un san bernardo pesa 300 veces más que un pequeño terrier Yorkshire. En otras palabras, la variación de peso de los perros es cincuenta veces mayor que en los gatos.

Volviendo a los gatos abandonados, y a aquellos que se han hecho salvajes por elección - la población salvaje -, también nos percatamos de una considerable diferencia con respecto a los perros abandonados. Éstos forman manadas que se apoyan mutuamente y comienzan a vivir y defenderse por sí mismos sin ayuda humana en las regiones menos civilizadas, siendo tales grupos casi inexistentes en las zonas urbanas y suburbanas. Incluso en los modernos y atestados países europeos resulta casi imposible encontrarlos por ninguna parte. Ni siquiera los distritos rurales pueden mantenerlos. Si se constituye una manada asilvestrada, pronto es perseguida por campesinos y pastores para impedir ataques a sus rebaños. Las colonias de gatos salvajes son otro asunto. Cada ciudad importante tiene una escalofriante población de ellos. Los intentos por erradicarlos fallan, por lo general, porque siempre existen, nuevos gatos callejeros que añadirse al conjunto. Y la necesidad de destruirlos no resulta tan grande, puesto que a menudo pueden sobrevivir al continuar su función de toda la vida de controlar a los animales nocivos. Sin embargo, donde la intervención humana ha eliminado a la población de ratas y ratones por medio de venenos, los gatos salvajes viven de otra forma, escarbando en los cubos de basura y

mendigando a los humanos de blando corazón. Muchos de esos gatos de callejón son criaturas patéticas en la misma frontera de la supervivencia. Su resistencia es asombrosa y un testimonio de que, a pesar de los milenios de domesticación, el cerebro felino y el cuerpo están aún notablemente cerca del estado salvaje.

Al mismo tiempo, esta resistencia es la causa en gran parte del sufrimiento de los felinos. Dado que los gatos pueden sobrevivir cuando se les echa y se les abandona, la gente lo hace con toda tranquilidad. El hecho de que la mayoría de esos animales deban pasar su vida en condiciones espantosas - gatos de zonas de chabolas que buscan comida entre la basura y los desperdicios de la sociedad - llega a reflejar lo fuertes que son, pero no deja de ser una parodia de la existencia felina. El que lo toleremos constituye un ejemplo más de la vergonzosa manera en que hemos roto repetidamente nuestro antiguo convenio con el gato. No obstante, no es nada comparado con la forma brutal en que a veces hemos atormentado y torturado a los gatos a través de los siglos. Con harta frecuencia han sido el blanco de nuestra agresión, y hasta tenemos una frase popular que refleja este fenómeno: " ... y el chico de la oficina le dio un puntapié al gato... " que nos ilustra el modo en que los insultos de los de arriba se desvían a las víctimas de abajo en la jerarquía social, con el gato en el último escalón.

Afortunadamente, a esto puede oponerse la otra cara de la moneda: la inmensa mayoría de las familias que poseen gatitos tratan a sus animales con cuidado y respeto. Los gatos tienen una forma especial de hacerse querer por sus dueños, no sólo por su manera de "engatusar", que estimula poderosos sentimientos paternos, sino también por su magnífica gracilidad. Existe en ellos una elegancia y una compostura que cautiva al ojo humano. Al sensible ser humano se le imagina un privilegio compartir una habitación con un gato, intercambiar su mirada, sentir su roce de bienvenida u observarlo cómo se enrosca gentilmente como una pelota ronroneante encima de un suave cojín. Y para millones de personas solitarias - muchos disminuidos físicos que no pueden dar largos paseos con un perro exigente -, el

gato es el perfecto compañero. En particular para gente que se ve forzada a vivir sola en sus últimos años, su compañía proporciona inconmensurables recompensas. A esos puritanos de prietos labios que, con implacable indiferencia y estéril egoísmo, tratan de expulsar toda clase de animales de compañía de la sociedad moderna, yo les diría que se tomaran una pausa y consideraran el daño que sus acciones pueden causar.

Esto viene a colación del propósito de este libro. Como zoólogo he tenido a mi cuidado, en un momento u otro, a la mayoría de los miembros de la familia de los felinos, desde el gran tigre al diminuto ocelote, desde los poderosos leopardos al pequeño lince, y desde los altivos jaguares a los enanos gatos monteses. En casa muy frecuentemente ha habido un minino doméstico para saludarme a mi regreso, alguna vez con un cajón lleno de gatitos. De muchacho, cuando me criaba en el campo de Wiltshire, pasaba muchas horas tumbado en la hierba, observando a los gatos de la granja mientras cazaban sus presas de forma tan experta, o espiándolos en las camadas en el pajar mientras daban lametazos a sus gatitos. Me acostumbré a observar a los gatos desde muy joven, y llevo haciéndolo desde hace casi medio siglo. Debido a mi dedicación profesional con animales, con frecuencia se me hacen preguntas acerca de la conducta de los gatos, y me he quedado sorprendido de lo poco que la mayoría de las personas parece conocer de estas intrigantes criaturas. Incluso las que tienen su propio gato doméstico, a menudo poseen sólo una vaga idea de las complejidades de su vida social, de su comportamiento sexual, de su agresión o sus habilidades para la caza. Conocen bien sus estados de ánimo y los miman demasiado, pero no han hecho nada por estudiar a su animalito. En cierta medida, esto no es culpa suya, porque la mayor parte de la conducta felina ocurre fuera del hogar-base, fuera de la cocina y de la sala de estar. Por lo tanto, confío que hasta aquellos que creen conocer muy íntimamente a sus propios gatos aprendan un poco más acerca de sus gráciles compañeros al leer estas páginas.

El método que he empleado es formular unas cuantas preguntas básicas, y luego proporcionar una serie de

respuestas simples y directas. Existen muchos libros buenos y rutinarios sobre el cuidado de los gatos, que les darán todos los acostumbrados detalles sobre alimentación, alojamiento y cuidado veterinario, combinado con listas de clasificación de las diversas razas y de sus características. No he querido repetir aquí todos esos detalles. En su lugar, trato de proporcionarles una clase diferente de libro sobre los gatos, uno que concentrándose en el comportamiento felino dé una respuesta a las preguntas con las que he tenido que enfrentarme a través de los años. Si lo he conseguido, la próxima vez que encuentren a un gato serán capaces de ver el mundo de una forma más felina. Y una vez hayan comenzado, se encontrarán formulando más y más preguntas acerca de su fascinante mundo y tal vez desarrollen el deseo de seguir observando a los gatos.

EL GATO

Conocemos de forma bastante fehaciente que hace unos 3.500 años el gato estaba ya por completo domesticado. Poseemos escritos del antiguo Egipto que así lo demuestran, pero no sabemos cuándo comenzó el proceso de domesticación. Se han encontrado restos de gatos en un yacimiento neolítico en Jericó, que datan de hace 9.000 años, pero no existen pruebas de que esos felinos estuviesen domesticados. La dificultad surge de que el esqueleto del gato ha cambiado muy poco con el paso del estado salvaje al de domesticidad. Sólo cuando tengamos unos registros específicos y representaciones detalladas como los del antiguo Egipto podremos estar seguros de que ha tenido lugar la transformación del gato salvaje en animal doméstico.

Una cosa está clara: no debió existir la domesticación del gato con anterioridad a la revolución agrícola del período neolítico. En este aspecto el gato difiere del perro. Los perros tenían un papel significativo que representar incluso antes de la llegada de la agricultura. Ya en el período paleolítico, el hombre cazador prehistórico fue capaz de hacer buen uso de un compañero cazador de cuatro patas, con superiores habilidades olfatorias y auditivas. Pero el gato le sirvió muy poco al hombre primitivo hasta que hubo progresado a la fase agrícola y comenzó a conservar grandes cantidades de alimentos. Los almacenes de grano, en particular, debieron atraer una población pululante de ratas y ratones casi desde el mismo momento en que el hombre cazador pasó de nómada a sedentario y se convirtió en granjero. En las primeras ciudades, donde los almacenes eran grandes, se hubiera convertido en tarea imposible para los guardianes descubrir a los ratones y matarlos en número suficiente como para eliminarlos o, incluso, para prevenir que se multiplicasen. Una de las primeras plagas que debió conocer el hombre urbano sería una infestación masiva de roedores. Cualquier carnívoro que contase entre sus presas a ratas y ratones les parecería a los acosados custodios de alimentos un enviado de los dioses.

Resulta fácil imaginarse cómo un buen día alguien observó casualmente que unos cuantos gatos salvajes merodeaban por los silos y cazaban ratones. ¿Por qué no

alentarles? Para los gatos, aquella escena debió de ser difícil de creer. Por todas partes les rodeaba un huidizo festín como jamás habían encontrado hasta entonces. Habían desaparecido las interminables esperas agazapados en el suelo. Todo cuanto necesitaban hacer era darse un indolente paseo hasta los aledaños de los vastos almacenes de grano, y allí les aguardaba un supermercado para gourmets con gordos roedores, alimentados con grano. De este estadio al de cuidar y criar a los gatos para incrementar la destrucción de los roedores no había más que un paso, puesto que era algo que beneficiaba a las dos partes.

Con nuestros eficientes métodos modernos para controlar a los animales dañinos, nos resulta difícil imaginar lo que significó el gato para aquellas primitivas civilizaciones, pero unos cuantos hechos acerca de las actitudes de los antiguos egipcios hacia los queridos felinos nos ayudarán a comprender la importancia que se les concedió en aquella época. Por ejemplo, se les consideraba animales sagrados, y el castigo por matarlos era la pena capital. Si un gato fallecía en casa de muerte natural, todos los inquilinos tenían que ponerse de luto, lo que incluía tener que afeitarse las cejas.

Después de la muerte el cuerpo del gato egipcio era embalsamado ceremoniosamente, el cuerpo se liaba con envolturas de diferentes colores y su cara se cubría con una máscara labrada en madera. A algunos los metían dentro de un ataúd de madera en forma de gato y a otros los envolvían en paja trenzada. Los enterraban en cementerios para gatos en número enorme, literalmente, millones de ellos. La diosa gata era llamada Bastet, que significaba "el habitante de Bast". Bast era la ciudad en que se ubicaba el templo principal de los gatos, y donde cada primavera convergían hasta medio millón de personas para los actos de culto. En cada una de esas ceremonias se enterraban unos 100.000 gatos momificados para honrar a la diosa virgen felina (que, presumiblemente, fue una precursora de la Virgen María). Esos festivales de Bastet se decían que eran los más populares y mejor cuidados de todo el antiguo Egipto, un éxito tal vez no desconectado con el hecho de que incluían salvajes celebraciones orgiásticas y "bacanales

rituales". Asimismo, el culto del gato fue tan popular que duró más de 2.000 años. Oficialmente se prohibió el año 390 de nuestra era, pero por aquel entonces ya se encontraba en franca decadencia. Sin embargo, en sus mejores días reflejaba el gran aprecio en que era tenido el gato en aquella antigua civilización, y las numerosas y bellas estatuas de bronce de felinos que nos han llegado dan testimonio del culto de los egipcios a su grácil forma.

Un triste contraste con el antiguo culto a este animal es el saqueo vandálico de los británicos a los cementerios de gatos en el siglo pasado. Un ejemplo será suficiente: una consignación de 300.000 gatos momificados se embarcó para Londres' donde fueron enterrados para servir de fertilizantes en los campos de los granjeros locales. Todo cuanto sobrevivió de este episodio fue un único cráneo de gato que se encuentra en la actualidad en el Museo Británico.

Los antiguos egipcios, probablemente, habrían exigido 300.000 muertes por semejante sacrilegio; en cierta ocasión descuartizaron a un soldado romano, miembro a miembro, por haber herido a un gato. No sólo los adoraban, prohibieron también de modo expreso su exportación. Esto llevó a repetidos intentos de sacarlos ilegalmente del país como animales domésticos para hogares de elevado rango. Los fenicios, que fueron el equivalente en la antigüedad de los vendedores de coches de segunda mano, vieron en la caza del gato un interesante desafío, y comenzaron a embarcar mininos de elevado precio para los ricos caprichosos de todo el Mediterráneo. Esto debió de enojar a los egipcios, pero fue una buena noticia para el gato en aquellos viejos tiempos, porque los introdujo en nuevas áreas como objetos preciosos que debían ser muy bien tratados.

Las plagas de roedores que barrían Europa dieron al gato fama de controlador de la peste, y rápidamente se extendieron por todo el continente. Los romanos fueron, claro está, los responsables de esto y a ellos se debe la introducción del gato en Britania. Sabemos que en los siglos siguientes los gatos fueron muy bien tratados habida cuenta de los castigos infligidos a quienes mataban alguno, castigos

de los que hay constancia. Estos castigos no fueron tan extremados como en el antiguo Egipto, pero ciertas multas como un cordero o una oveja eran cualquier cosa menos algo trivial. La pena ideada por un rey galés en el siglo X refleja lo que significaba para él un gato muerto. El animal fue suspendido de la cola con el hocico tocando el suelo, y el castigo para el que lo mató fue ir echando grano encima de su cuerpo hasta que desapareció debajo del montón. La confiscación de este grano nos da una buena idea de lo mucho que se estimaba a un gato, por el grano que salvaba de las barrigas de ratas y ratones.

No obstante, aquellos buenos días para los gatos no iban a durar mucho. En la Edad Media la población de felinos en Europa sufrió varios siglos de tortura, tormentos y muerte por causa de la Iglesia cristiana. Dado que habían estado implicados en los primeros rituales paganos, se proclamó a los gatos criaturas diabólicas, agentes de Satanás y familiares de las brujas, y se urgió a los cristianos de todas partes a que les infligiesen tanto dolor y sufrimiento como les fuese posible. El ser sagrado se había convertido en ser malévolo. Los gatos fueron quemados vivos en los días festivos. Centenares de millares de gatos fueron desollados, crucificados, muertos a palos, asados o arrojados desde lo alto de las torres de las iglesias a petición de los sacerdotes, como parte de una terrible purga contra los supuestos enemigos de Cristo.

Afortunadamente, el único legado que tenemos hoy de aquel miserable período de la historia del gato doméstico es la superstición que aún existe de que un gato negro está relacionado con la suerte. La conexión, no obstante, no siempre es clara, porque, al viajar de un país a otro, la suerte cambia de buena a mala, lo cual causa confusión. En Gran Bretaña, por ejemplo, un gato negro significa buena suerte, mientras que en Estados Unidos y en la Europa continental, por lo general, es sinónimo de mala suerte. En algunas regiones esta actitud supersticiosa se toma aún muy en serio. Hace unos cuantos años un adinerado dueño de un restaurante volvía a su casa, al sur de Nápoles, a últimas horas de la noche cuando un gato negro cruzó la carretera delante de su coche. Paró el buen hombre y se estacionó a

un lado de la ruta, incapaz de seguir adelante a menos que regresase él gato (para "deshacer" la mala suerte). Al verle aparcado allí en una carretera solitaria a altas horas de la noche, se detuvo a su lado un coche de la Policía, y los agentes empezaron a hacerle preguntas. Cuando se enteraron del motivo, era tal la fuerza de la superstición del gato que, negándose a conducir, para no atraer la mala suerte sobre ellos mismos, se sentaron en el coche y aguardaron a que el gato volviera a presentarse.

Aunque esas supersticiones aún sobreviven, el gato es una vez más el animal querido de la casa que ya era en el antiguo Egipto. Tal vez no sea sagrado, pero sí es grandemente reverenciado. La cruel persecución de la Iglesia duró hasta que el pueblo la rechazó y, durante el siglo XIX, se inició una nueva fase de promoción del gato en forma de concursos competitivos de felinos y en la crianza de gatos de pedigrí.

Como ya he mencionado, el gato no se cría en formas diferentes para distintas tareas, como el perro, pero sí hay cierto número de cambios locales con variantes en el color, en las pautas y en la longitud del pelaje, surgidas, casi accidentalmente, en diferentes países. Los viajeros del siglo XIX comenzaron a coleccionar gatos de extraño aspecto que encontraban en el extranjero para traérselos de vuelta a la Inglaterra victoriana. Luego realizaron una crianza cuidadosa para intensificar sus especiales características. Los concursos de gatos se hicieron enormemente populares, y durante los últimos ciento cincuenta años se han estandarizado y registrado más de cien diferentes razas de pedigrí tanto en Europa como en Norteamérica.

Todas esas razas modernas, al parecer, pertenecen a una única especie, el *Felis sylvestris*, el gato montés, capaces de cruzarse entre sí, tanto unas con otras como con todas las razas salvajes. En el mismo momento de la domesticación de los felinos, los egipcios comenzaron a domesticar la raza norteafricana del *Felis sylvestris*. Hasta hace muy poco se creía que se trataba de una especie distinta y se la denominó *Felis lybica*. Pero ahora se sabe que no existe más que una raza, llamada *Felis sylvestris lybica*. Es menor y más esbelta que la raza europea del gato montés y, al

parecer, fue bastante fácil de domesticar. Cuando los romanos conquistaron Europa, llevaron consigo sus gatos domésticos y algunos se aparearon con las razas norteñas del gato montés y tuvieron unas crías más pesadas y robustas. Los gatos modernos de hoy lo reflejan: algunos son grandes y fuertes, como muchos de los gatos atigrados, mientras que otros son más alargados y angulosos, como las distintas razas de siameses. Es probable que esos animales siameses y las otras razas más esbeltas se hallen más próximos al original egipcio, y sus antepasados domésticos se hayan dispersado por todo el mundo sin tener ningún contacto con los de forma más pesada del norte, los gatos monteses.

Aunque las opiniones difieren, en la actualidad parece poco probable que cualquier otra especie de gato salvaje se halle implicada en la historia del moderno gato doméstico. Sabemos que un segundo gato, aunque mayor, el *Felis chaus*, el gato de la jungla, era popular entre los antiguos egipcios, pero quedó muy pronto apartado de la competición.

Sin embargo, podemos estar seguros que, originariamente, fue un serio competidor para la domesticación, porque el examen de los gatos momificados ha revelado que algunos de ellos poseían el cráneo mucho mayor gato de la jungla. Pero, aunque éste es uno de los más pacíficos en cautividad, es muy grande en comparación con el más pesado de los animales domésticos actuales y, por lo tanto, resulta improbable que desempeñase algún papel en la historia posterior de la domesticación.

Éste no es el lugar para dar detalles de las modernas razas de gatos, sino sólo una breve historia de su introducción para ayudar a tener una idea de la forma en que han llegado a establecerse los modernos gatos de "fantasía".

Las razas más antiguas son los diferentes gatos de pelo corto, descendientes de los animales que los romanos extendieron por toda Europa. Existe una amplia brecha hasta el siglo XVI, cuando unos barcos procedentes de Oriente llegaron a la isla de Man portadores de un extraño gato sin cola: el famoso Manx. Dada su apariencia por

completo mutilada, esta raza nunca se ha hecho popular, aunque sigue teniendo sus partidarios. Más o menos por la misma época, se trajo a Europa el primero de los gatos de pelo largo, el bello angora, desde su lugar de origen, Turquía. A mediados del siglo XIX, se vio eclipsado por el persa, procedente de Asia Menor, mucho más espectacular, con su pelaje recio y exuberante.

Luego, a fines del siglo XIX, en completo contraste, llegó del Extremo Oriente el alargado y anguloso siamés. Con su personalidad única - mucho menos extrovertido que los demás gatos -, atrajo a un diferente tipo de propietario. Como el persa era el perfecto sustituto infantil, redondo y peludo, con una cara plana y aniñada, el siamés constituía un compañero mucho más activo.

Aproximadamente por la misma época en que hizo su aparición el siamés, se importó de Rusia el elegante ruso azul, y el leonado y de aspecto salvaje abisinio de lo que en la actualidad es Etiopía.

En nuestro siglo, el oscuro birmano fue llevado a Estados Unidos en los años treinta, y de allí llegó a Europa. En la década de los sesenta aparecieron variedades desacostumbradas como súbitas mutaciones: el pintoresco esfinge, un gato desnudo de Canadá; el rizado y peludo devon rex y cornualles y el aplastado y espigado gato acordeón de Escocia. En los años setenta se importó a Estados Unidos el gato rabicorto japonés, con su curioso y pequeño trasero, que le hace parecer un gato semimanx; el rizado gato de "pelos de alambre" se desarrolló en Estados Unidos a través de una mutación, y el diminuto gato de "tubo de desagüe" (así llamado porque los desagües son un buen lugar para esconderse en Singapur, donde tanto se desprecia a los gatos) apareció en la escena norteamericana, gozando del exótico nombre de singapura.

Finalmente se encuentra el extraordinario ragdoll o muñeca de trapo, con el temperamento más extraño de todos los felinos. Si se le coge se queda lacio como una muñeca de trapo. Es tan plácido que da la impresión de encontrarse permanentemente drogado. Nada parece inquietarle. Más parece un gato "hippy" que un gato de

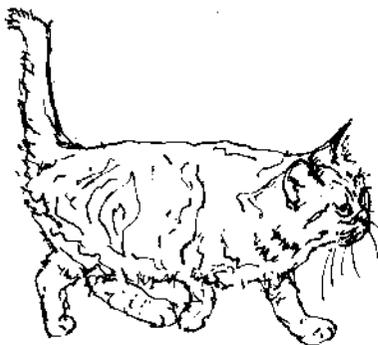
tejado, lo único exacto es decir que esta raza procede de California.

Esta lista no es en absoluto exhaustiva, pero da una idea del abanico disponible de gatos para un entusiasta del pedigrí. Con la mayoría de las razas que he mencionado existe un abanico completo de variedades y de tipos de color, que incrementan dramáticamente la lista de categorías de concurso. Cada vez que aparece un nuevo tipo de gato, se arma una buena gresca no por parte de los felinos luchadores, sino de las escaramuzas que entablan los superentusiastas criadores de la nueva línea y las injustamente aristocráticas autoridades que gobiernan las más importantes exposiciones de gatos. La raza más reciente inmersa en la controversia es el ya mencionado ragdoll o muñeca de trapo: ideal para los inválidos, afirman sus defensores; Demasiado fácil de lastimar; contraatacan sus detractores.

Como colofón a todas estas complicaciones, existe un considerable desacuerdo entre las diferentes autoridades de los concursos, con el "Governing Council of the Cat Fancy", en Gran Bretaña, reconociendo diferentes razas de la "Cat Fanciers' Association", de Estados Unidos. Las dos organizaciones, a veces, adjudican de forma confusa nombres diferentes a la misma raza. No obstante, nada de esto causa demasiado daño. Simplemente, tiene el efecto de añadir la excitación de acaloradas discusiones y debates, mientras que los gatos de pedigrí en sí se benefician de todo el interés que se toman con ellos.

La seriedad con que son tratadas las exhibiciones competitivas de gatos, también ayuda a elevar el status de todos los felinos, por lo que el minino ordinario también se beneficia de todo ello. Y continúan siendo la inmensa mayoría de los gatos domésticos modernos porque, para la mayoría de las personas, como Gertrude Stein, podía haber dicho, un gato es un gato. Las diferencias, por fascinadoras que lleguen a ser, son muy superficiales. Cada uno de los gatos lleva consigo una antigua herencia de asombrosas capacidades sensoriales, maravillosas modulaciones de sonidos y lenguaje corporal, hábiles cazadores, elaboradas demostraciones territoriales y de rango, una conducta sexual

extrañamente compleja y unos sacrificados cuidados paternos. Por lo tanto, es un animal lleno de sorpresas, como veremos en las páginas que siguen.



¿Por que ronronea el gato?

La respuesta parece bastante obvia. Un gato que ronronea es un gato contento. Esto debería ser verdad, pero no lo es. Repetidas observaciones revelan que los gatos aquejados de un dolor, heridos, de parto o incluso moribundos, ronronean a menudo en voz alta y durante mucho tiempo. Difícilmente cabe considerar contentos a estos gatos; naturalmente, es cierto que los gatos felices también ronronean, pero el encontrarse a gusto no es la única condición para ronronear. Una explicación más precisa, que se adecua a todos los casos, es que el ronroneo indica un estado de ánimo social amistoso: por parte de un gato herido por ejemplo, puede considerarse como señal para un veterinario de que necesita ayuda, o una señal a su dueño, dándole las gracias por su amistad.

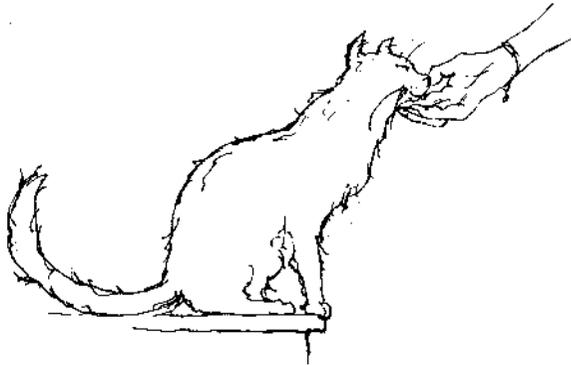
El ronroneo aparece por primera vez cuando los gatitos tienen sólo una semana de vida y se produce antes cuando los amamanta su madre. Actúa entonces como señal de que todo va bien y que el alimento tomado está llegando satisfactoriamente a su destino. La gata está allí, escuchando los ronroneos de agradecimiento, y sabe sin tener que mirar que nada ha sido olvidado. Ella, a su vez, ronronea a sus mininos mientras se alimentan, dándoles a entender que ella también goza de un estado de ánimo relajado y complaciente. El ronroneo entre gatos adultos (y entre gatos adultos y los humanos) es ciertamente secundario: se deriva de este primer contexto padres-crías.

Una distinción importante entre los pequeños felinos, como nuestra especie doméstica, y los grandes felinos, como los leones y los tigres, consiste en que éstos propiamente no ronronean. El tigre te saluda amistosamente con "un ronroneo de una sola vía" - una especie de farfuleo -, pero no existe el ronroneo de dos vías del gato doméstico, que realiza su zumbido no sólo al expeler el aire (como el tigre), sino también al impeler. Sin embargo, el ritmo de la exhalación/inhalación del ronroneo del gato se lleva a cabo con la boca firmemente cerrada (incluso agarrando el pezón), y puede continuar sin el menor esfuerzo durante

horas si las condiciones son adecuadas. A este respecto, los pequeños felinos superan a sus parientes gigantes, pero los grandes tienen otro rasgo que lo compensa: rugen, lo cual es algo que los gatos nunca hacen.

¿Por qué a los gatos les gusta que les acaricien?

Porque el hombre, el ser humano, cumple el papel de "gata madre". Los gatitos son repetidamente lamidos por su madre durante sus primeros días y la acción de la caricia humana produce la misma sensación sobre el pelaje que los lametones felinos. Para los gatitos, la madre gata es la que les alimenta, les limpia y les protege. Puesto que el hombre sigue haciendo esto con sus animales de compañía mucho después de que hayan quedado atrás los días de crianza, los animales domesticados nunca crecen del todo. Pueden llegar a desarrollarse por completo y ser maduros sexualmente, pero en sus mentes siempre serán unos gatitos con relación a sus amos.



Por esta razón, los gatos - incluso los ya muy viejos - siguen pidiendo atención maternal a sus propietarios, arrimándose a ellos y alzando la mirada durante mucho tiempo, aguardando a que la manoseudomaternal comience a actuar, como si se tratase de nuevo de una lengua gigante, alisándoles y suavizándoles el pelo. Un hecho

corporal muy característico que llevan a cabo cuando les acarician, mientras saludan a sus "madres", es la rígida erección de su cola. Esto es algo típico de los gatitos al recibir la atención de sus madres auténticas, y es asimismo una invitación para que les examine sus regiones anales.

¿Por qué el gato desgarrar la tela de su sillón favorito?

La respuesta habitual es que el animal se afila las uñas. Esto es verdad, pero no de la manera que la mayoría de personas se imagina. Les parece que afilan los puntos mellados, a la manera como nosotros afilamos los cuchillos desafilados. Lo que realmente ocurre es que se arrancan las vainas viejas y gastadas de las uñas, revelando unas brillantes uñas nuevas por debajo. Es algo que se parece más a como la serpiente muda de piel que a afilar un cuchillo de cocina. A veces, cuando la gente pasa la mano por el lugar en que el gato ha estado arañando el mueble, encuentra lo que cree una uña arrancada, y teme que el animal, accidentalmente, las haya metido en las fibras fuertes del tejido y se haya lastimado. Pero "la uña arrancada" no es otra cosa que la vieja capa exterior, preparada para que la eliminen.

Los gatos no efectúan esos poderosos actos tipo suavizador con las patas traseras. En su lugar, emplean los dientes para morder las viejas vainas de las uñas de atrás.

Una segunda función del suavizamiento de las patas delanteras es el ejercicio y fortalecimiento del mecanismo de retracción y protrusión de las garras, tan vital para capturar a las presas, luchar con los rivales y trepar.

Una tercera función, insospechada para la inmensa mayoría de la gente, es la de marcar el territorio por los olores. Tienen unas glándulas odoríferas en la parte inferior de las garras delanteras, que frota vigorosamente contra la tela del mueble donde ha clavado las uñas. Al suavizar rítmicamente, garra izquierda, garra derecha, el olor se adhiere a la superficie de la tela y lo frota, depositando su

firma personal en el sillón. Y ésta es la razón de que sea siempre nuestro sillón favorito el que sufra la máxima atención, porque el gato lo que hace es responder a la propia fragancia personal, y añadir la suya a la humana. Algunas personas compran un costoso poste en las tiendas de animales domésticos, cuidadosamente impregnado con nébeda para hacerlo más tentador, y se ven amargamente decepcionadas de que el gato ignore rápidamente el instrumento y vuelva al mueble. El colgar del poste una vieja y sudada camiseta ayuda más a resolver el problema, pero si un gato ya ha elegido un sillón o una parte especial de la casa, como su " lugar para suavizarse ", en dicho caso es tremendamente difícil alterar ese hábito.

En su desesperación, algunos dueños de gatos recurren a la práctica cruel de quitarles las uñas a sus animalitos. Aparte del daño físico que eso supone, también resulta Psicológicamente perjudicial para el gato y lo coloca en seria desventaja en las persecuciones en que deba trepar, en la caza y en las relaciones sociales felinas. Un gato sin uñas no es un verdadero gato.



¿Por qué un gato se echa al suelo sobre la espalda al verte?

Cuando entras en un cuarto en el que un gato está tumbado en el suelo, y le diriges unas palabras cariñosas de salutación, puede éste responder rodando sobre su lomo, estirando las patas todo lo que pueda, bostezando, ejercitando las uñas y moviendo gentilmente el rabo. Mientras lleva a cabo todas esas acciones, se te queda mirando, comprobando cuál es tu estado de ánimo. Ésta es la forma en que un gato te ofrece una reacción pasiva amistosa, y es algo que sólo ofrece a los íntimos de la familia. Pocos gatos se arriesgarían a una salutación así, en el caso de que la persona que entre en la estancia sea un desconocido, porque la postura de ofrecer la barriguita hace al animal en extremo vulnerable. En efecto, ésta es la esencia de su amistad. En realidad, el gato está diciendo: me vuelco y te enseño mi barriga tan vulnerable en prueba de confianza.

Un gato más activo correrá hacia ti y comenzará a rozarse en tu pierna como forma de saludo amistoso, pero uno más perezoso y soñoliento preferirá enseñarte su barriguita. El bostezo y el estiramiento que lo acompañan reflejan la somnolencia del animal, una somnolencia que está dispuesto a interrumpir el menor tiempo posible. La leve oscilación de la cola indica que está dudando entre seguir estirándose y saltar para aproximarse al recién llegado.

No siempre es seguro dar por supuesto que un gato que te enseña su barriga está preparado para permitirte acariciarle esta zona tan blanda. Tal vez parezca estar ofreciéndotelo, pero con frecuencia un intento de acariciarle se encuentra con el golpetazo de su garra irritada. La región de la barriga está tan protegida por el gato que encuentra desagradable el contacto en ese sitio, excepto en el caso en que entre el gato y su dueño haya mucha, pero que mucha confianza. Un gato así puede confiar tanto en una familia humana que permita que le hagan cualquier cosa. Pero el

gato más típico y cauteloso pone unos cotos cuando alguien se acerca a sus partes más blandas.

¿Por qué un gato se frota contra tu pierna al saludarte?

En parte, para realizar un amistoso contacto físico con uno, pero aquí hay algo más. Por lo general, el gato empieza por apretarse contra ti con la parte superior de la cabeza o con un lado de su cara; luego se frota a todo lo largo de su flanco y, finalmente, puede hacer ondear levemente la cola a tu alrededor. Tras esto alza la vista y luego repite el proceso, en ocasiones varias veces. Si adelantas la mano y le acaricias, le estimulas a seguir rozándose contigo y, a menudo, empujará el lateral de su boca contra tu mano, o apretará hacia arriba con la parte superior de la cabeza. Luego, llegado el momento y una vez completado su ritual de saludo, se alejará, se sentará y comenzará a lamerse el pelaje.



Todos esos elementos tienen una significación especial. En esencia, lo que el gato hace es llevar a cabo un intercambio de olores entre tú y él. Posee unas glándulas especiales en las sienes y en el aliento. Otra está situada en la raíz de la cola. Sin que te des cuenta, tu gato te ha marcado con su aroma procedente de esas glándulas. La fragancia felina es demasiado delicada para nuestro burdo olfato, pero es importante que los amistosos miembros de la familia del gato compartan los olores de esta forma. Esto le hace al gato sentirse más en casa con sus compañeros

humanos. Y también le es importante rastrear con el olfato y lo consigue con el flanco, el elemento de frotamiento de su saludo, luego se sienta y lo "prueba" con su lengua, tan sólo con lamerse el pelaje que acaba de frotar tan cuidadosamente contra nosotros.

¿Por qué algunos gatos se alzan sobre sus patas traseras cuando te saludan?

Uno de los problemas que tienen los gatos para acomodarse a la compañía humana es que somos demasiado altos para ellos. Oyen nuestras voces que proceden de lo que para ellos es una gran altura, y les resulta difícil saludar en su forma acostumbrada a semejante gigante. ¿Cómo pueden realizar la típica salutación de gato a gato frotándose es las caras mutuamente? La respuesta es que no lo es posible. Tienen que frotarse contra nuestras piernas o contra la mano que les tendemos. Pero está en su naturaleza dirigir sus saludos más hacia la región de la cabeza, y así lo intentan con un pequeño movimiento: alzan del suelo las dos patas delanteras rígidas, y dando un salto elevan el cuerpo durante un breve instante y en seguida lo dejan caer quedando a cuatro patas. Este salto de salutación tiene, por lo tanto, un carácter simbólico del contacto cabeza contra cabeza.

Para llegar a esta conclusión nos basamos en la forma en que los gatitos saludan a su madre cuando regresa al nido. Si sus patas no se han desarrollado suficientemente para poder dar un "salto", los gatitos llevan a cabo una modesta versión de este movimiento alzando las cabezas hacia la madre. En su caso, esto no es muy difícil de hacer, y la gata les ayuda bajando su propia cabeza hasta la de ellos, pero el salto incipiente está ya claramente marcado.

Junto a las saluciones de frotamiento, el contacto cabeza con cabeza constituye un método felino de mezclar los olores de cada uno y convertirlos en una familia de aromas compartidos. Algunos gatos usan de su iniciativa

para recrear un mejor contacto con la cabeza al saludar a su amigo el hombre. En vez del triste salto simbólico, saltan hasta un mueble cercano a la persona para estar más cerca a la hora de efectuar un cariñoso roce de cara contra cara.

¿Por qué un gato te pisotea el regazo con las garras delanteras?

Todos los dueños de gatos han experimentado el momento en que su gato salta y, con cautelosos movimientos, se acomoda en su regazo. Tras una breve pausa, comienza a apretar hacia abajo, primero con una garra delantera y luego con la otra, alternándolas en un amasamiento rítmico o en una acción de pisoteo. El ritmo es lento y deliberado, como si el animal estuviese marcando el tiempo a cámara lenta. A medida que el pisoteo se hace más intenso se puede sentir el roce de las garras, y es en este momento cuando el propietario, por lo general, empieza a irritarse y aleja al gato de sí, o lo coge con cuidado y lo deposita en el suelo. El gato se consterna ante este rechazo, y los dueños quedan asimismo perplejos cuando, tras cepillarse unos cuantos pelos de gato descubren que el animal ha estado babeando mientras pisoteaba. ¿Qué significa todo esto?

Para dar con la respuesta es necesario observar a los gatitos alimentándose en la teta. Se observa que hacen lo mismo con las pequeñas garras amasando el vientre de su madre. Se trata de los movimientos que estimulan el flujo de la leche a los pezones y el babeo es parte del "hacerse la boca agua" ante el delicioso alimento que está a punto de llegar. Este "pisoteo de la leche", como se le llama, se hace a un ritmo muy lento, aproximadamente a un golpe cada dos segundos, y siempre va acompañado por un ronroneo muy audible. Por lo tanto, lo que sucede cuando el animal adulto amasa en el regazo de su amo debe interpretarse como reminiscencia de su conducta infantil. Se presenta cuando el propietario se sienta de forma relajada, y parece como si le dijera al gato:

-Soy tu madre y me encuentro aquí tumbada, dispuesta a alimentarte con el pecho.

El gato adulto puede regresar así a su época de gatito y tumbarse, ronroneando la mar de contento y "creerse" que con esos movimientos estimulará el suministro lácteo.

Desde el punto de vista del gato se trata de un momento cálido y amoroso, y el ser arrojado de allí de mala manera por un amo al que le ha clavado las uñas, constituye algo por completo inexplicable. Ninguna buena gata madre se portaría nunca de modo tan negativo. La gente reacciona más bien de una manera diferente. Para el gato son claramente figuras maternas, porque les suministran leche (en un plato) y otros alimentos, y se sientan mostrando su parte inferior de forma invitadora, pero una vez se produce la reacción del pisoteo de la leche, de repente y con una reacción rara, se alteran y alejan de ellos al seudoinfante.



Se trata de un clásico ejemplo del mal entendimiento al que se puede llegar entre humanos y gatos. Muchos de ellos podrían evitarse al admitir que un gato doméstico adulto sigue siendo un gatito en su conducta respecto a su amo seudopadre.

¿Por qué un gato entierra sus heces?

Esta acción se toma siempre cómo indicativa de la extrema pulcritud del gato. A los dueños de perros con frecuencia les refriegan este hecho los propietarios de gatos,

insistiendo en la superioridad de los felinos sobre los cánidos. Sin embargo, calificar como señal de higiene el enterrar las heces no se sostiene tras una investigación a fondo.

La verdad es que los gatos entierran sus heces para evitar que se propague su olor. Enterrar las heces es el acto de un gato subordinado, temeroso de su posición social. Se han encontrado las pruebas al examinar de cerca el comportamiento social de los gatos salvajes. Se ha descubierto que los gatos dominantes, lejos de enterrar sus heces, las colocan en un altozano "como anuncio", o en cualquier otro punto elevado dentro de su medio ambiente donde el olor sea aventado para producir el máximo efecto. Sólo los gatos más débiles y los más sumisos son los que ocultan sus heces. El hecho de que nuestros gatos domésticos parezca que siempre cumplen con semejante rutina, nos da una idea de la medida en que se ven a sí mismos dominados por nosotros (y también, tal vez, por los otros gatos de la vecindad). Esto no resulta sorprendente. Físicamente somos más fuertes que ellos, y dominamos por completo lo más importante en la vida de los felinos: el suministro de alimentos. Nuestro dominio arranca de su estadio de gatito, siguió en adelante y nunca se ha puesto seriamente en duda. Incluso los grandes felinos, como los leones, pueden mantenerse en este rol subordinado durante toda la vida, por parte de sus amistosos dueños, por lo que no resulta nada sorprendente que el gato doméstico esté permanentemente temeroso de nosotros y, por lo tanto, se asegure siempre de enterrar sus heces.

Naturalmente, el enterrar las heces no elimina por completo la señal de olor, pero la reduce sobremanera. De esta forma, el gato puede continuar anunciando su presencia a través de sus olores, pero no con tanta intensidad que llegue a suponer una seria amenaza.

¿Por qué un gato pasa tanto tiempo acicalándose el pelaje?

La respuesta obvia es para mantenerse limpio, pero en esto hay mucho más que el simple acicalamiento. Además de quitarse el polvo y la suciedad, o los restos de la última comida, los repetidos lametones del pelaje ayudan a suavizarlo, para que actúe como una capa aisladora más eficiente. Un pelo erizado es un aislante muy pobre, lo cual puede constituir un serio riesgo para un gato en tiempo muy frío.

Pero el frío no es el único problema. Los gatos se acaloran con facilidad en la época veraniega y el humedecimiento del pelaje se incrementa por una razón especial. Los gatos no tienen glándulas sudoríparas por todo el cuerpo como nosotros, por lo que no pueden sudar como método rápido de enfriamiento. El jadear ayuda, pero no es suficiente. La solución consiste en lamerse repetidamente el pelo y depositar en el mismo tanta saliva como les sea posible. La evaporación de esta saliva obra de la misma manera que la evaporación del sudor en nuestra piel.

Si los gatos han estado expuestos a la luz solar aún incrementan más su acicalamiento. Como cabe imaginar, no se ponen al sol porque quieran estar más calientes, sino porque la acción de la luz solar sobre su pelo les proporciona la vitamina D esencial para su dieta y que adquieren a través de los lametones dados a su pelaje calentado, por el sol.

Los acicalamientos aumentan también cuando los gatos se alteran. A esto se le llama "acicalamiento de desplazamiento" y se cree que actúa para aliviar la tensión de unos violentos encuentros sociales. Cuando nosotros nos hallamos en un estado de nervios, a menudo nos "rascamos la cabeza". Bajo idénticas condiciones, un gato se lame.

Cualquier dueño de gatos que haya sostenido o acunado a su minino ya sabrá lo que hace el animal en cuanto queda libre del contacto humano. Se aleja, se sienta y luego, casi siempre, empieza a limpiarse. Esto ocurre, en parte, porque necesita alisarse su encrespado pelaje, pero también hay

otra razón. Al tocar al gato le hemos contagiado nuestro olor y, en cierto modo, hemos enmascarado el suyo propio. El lamerse el pelaje vuelve a equilibrar las cosas, debilitando nuestro olor y reforzando el suyo. Nuestras vidas están dominadas por señales visuales, pero en el mundo del gato los olores y las fragancias son mucho más importantes, y una sobredosis de olor humano en su pelaje perturba y debe ser corregida con rapidez. Además, el lamerse el pelaje que hemos estado toqueteando significa que, en realidad, el gato disfruta "degustándonos" y leyendo las señales que capta del olor de nuestras glándulas sudoríparas. Nosotros no podemos oler la fragancia de nuestras manos, pero un gato sí.

Finalmente, el vigoroso movimiento de tracción del pelaje, que es tan típico en un gato que se está acicalando, desempeña un papel especial en la estimulación de las glándulas de la piel, en la base de cada pelo.

Las secreciones de esas glándulas son vitales para mantener el pelaje impermeable, y la tracción efectuada por la atareada lengua del gato prepara la impermeabilización del pelo como una protección contra la lluvia. Por lo tanto, el acicalarse es mucho más que una limpieza. Cuando un gato se lame el pelaje se está protegiendo, no sólo del polvo y de la enfermedad, sino también del frío y del sobrecalentamiento, de la deficiencia vitamínica, de la tensión social, de los olores extraños y de que no se le empape la piel. No es de extrañar que se autodedique tanto tiempo, en sus horas diarias de acecho.

Pero existe un peligro inherente a dicha insalivación de su pelo. Los gatos que hacen la muda y aquellos que tienen un pelaje largo, rápidamente acumulan muchos pelos en sus conductos alimenticios, y así se les forman unas bolas de pelo que les originan obstrucciones. Por lo general, estas bolas se vomitan de una forma natural sin causar ningún trastorno, pero si son demasiado grandes pueden convertirse en un serio riesgo. Los gatos con predisposición nerviosa, que realizan mucho acicalamiento de desplazamiento, también lo sufren. Para resolver su problema hay que averiguar qué les causa la agitación y hacerle frente. Para los gatos que mudan y los de pelo largo,

la única prevención es un acicalado regular por parte del dueño, con peine y cepillo, para eliminar el exceso de pelaje.

El autoacicalamiento empieza cuando el gatito tiene unas tres semanas, pero su pelaje lo atiende la madre desde el mismo instante del nacimiento. El acicalado por parte de otro gato se llama aloacicalamiento, en contraste con el autoacicalamiento, así llamado técnicamente. El aloacicalamiento es común no sólo entre la madre y sus gatitos, sino también entre gatos adultos que han crecido juntos y entre ellos se ha desarrollado un fuerte lazo de amistad. Su función primaria no, consiste en la higiene mutua, sino más bien en la consolidación de la lealtad que existe entre ambos animales. Igualmente, el lamer en una región que le es difícil alcanzar al propio gato también tiene un atractivo único, y los gatos necesitan una atención especial detrás de las orejas. Por eso el rascarles y frotarles detrás de las orejas es una forma popular de contactar los dueños con sus gatos.

El autoacicalamiento sigue, a menudo, un tipo de secuencia, cuando un gato se dedica tranquilamente a "un lavado y cepillado total". La rutina típica se produce como sigue:

- 1) Lamerse los labios.
- 2) Lamerse el lateral de una garra hasta que queda húmeda.
- 3) Frotarse con las garras húmedas la cabeza, incluyendo orejas, ojos, mejillas y mentón.
- 4) Humedecer la otra garra de la misma manera.
- 5) Frotar con la garra humedecida un lado de la cabeza.
- 6) Lamer las patas delanteras y los hombros.
- 7) Lamer los flancos.
- 8) Lamer los genitales.
- 9) Lamer las patas traseras.
- 10) Lamer la cola desde la base al extremo.

Si en cualquier estadio de este proceso se encuentra algún estorbo - un mechón de pelo enmarañado, por ejemplo -, momentáneamente se suspenden los lametones en favor de un mordisqueo realizado con los dientes. Luego,

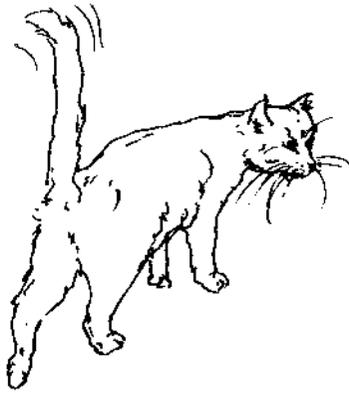
cuando todo queda despejado, se reanuda la secuencia del acicalamiento. El mordisqueo de pies y garras es particularmente corriente, a fin de quitar el polvo y mejorar el estado de las uñas. Esta complicada limpieza difiere de la que se observa en muchos otros mamíferos. Por ejemplo, las ratas y los ratones emplean las dos garras delanteras para acicalarse la cabeza, mientras que el gato sólo emplea el lateral de la garra y parte del antebrazo. Asimismo, los roedores se sientan sobre sus patas posteriores y se acicalan con ambos pies delanteros al mismo tiempo, mientras que la técnica del felino es emplear cada pata delantera de modo alternativo, descansando el cuerpo en la pata que no usa. Quienes los ven raramente comentan tales diferencias, resaltando simplemente que un animal está atareado autolimpiándose. En realidad, una observación más atenta revela que cada especie sigue una secuencia característica, particular y compleja.

¿Por qué un gato menea la cola?

La mayoría de la gente se imagina que si un gato menea la cola es porque está enfadado, pero esto sólo es verdad en parte. La auténtica respuesta es que el gato se encuentra en un estado de conflicto. Quiere hacer dos cosas a la vez, pero cada impulso bloquea al otro. Por ejemplo, si un gato maúlla porque quiere salir de noche, y le abren la puerta y ve que llueve a cántaros, la cola del animal empezará a moverse. Si se precipita hacia la noche y se detiene desafiante por un momento, quedando empapado, su cola se meneará aún más furiosamente. Luego toma una decisión, y o bien vuelve atrás, al confortable abrigo de la casa, o, valientemente, saldrá a patrullar su territorio, a pesar de las condiciones climatológicas. En cuanto resuelve su conflicto, de uno u otro modo, su cola cesa inmediatamente de moverse.

En un caso así es inapropiado describir el estado de ánimo como colérico. La cólera implica un ansia frustrada de atacar, pero el gato anterior a la tormenta no es agresivo. Lo que se frustra aquí son las ganas de explorar que, a su

vez, están frustrando el poderoso deseo felino de mantenerse cómodo y seco. Cuando las dos urgencias se equilibran, el gato no obedece a ninguna de las dos. Impulsado, a la vez, en dos direcciones diferentes, se queda inmóvil y menea la cola. Cualquiera de las dos opuestas urgencias produciría la misma reacción, y sólo cuando una de las mismas sea el ansia de atacar - frustrada por el miedo o por cualquier otro estado de ánimo en competencia -, podríamos decir que el gato está meneando la cola por encontrarse enfurecido.



Si el meneo de la cola en los gatos representa un estado de conflicto agudo, ¿cómo se origina dicho movimiento? Para comprenderlo, obsérvese a un gato tratando de buscar el equilibrio en un reborde estrecho. Si nota que va a caer, su cola rápidamente se moverá hacia un lado, actuando como contrapeso. Si se sostiene un gato en el regazo y se le mueve levemente hacia la izquierda y luego hacia la derecha, alternando estos movimientos, puede observarse que su cola se mueve de una manera rítmica de un lado a otro, como a cámara lenta. Así comienza el meneo de la cola cuando su estado de ánimo es conflictivo. Mientras las dos ansias en competencia impulsan al gato en direcciones opuestas, la cola responde como si el cuerpo del animal fuese impulsado primero en una dirección y luego en la otra. Durante la evolución este azotar de la cola de un lado a otro se convirtió en una útil señal en el lenguaje corporal de los

gatos y fue en extremo acelerado en una forma que la hizo más conspicua e instantáneamente reconocible. Hoy es este movimiento mucho más rápido y rítmico que cualquier otro ordinario de balanceo lo que nos hace decir, a primera vista, que el conflicto que el animal se halla experimentando es emocional en vez de puramente físico.

¿Por qué un gato macho rocía de orina la pared del jardín?

Los gatos macho marcan sus territorios lanzando un chorro potente de orina hacia atrás en rasgos verticales en su medio ambiente. Apuntan a las paredes, arbustos, tocones de árboles, postes de vallas o cualquier mojón de tipo permanente. Les atraen en particular los lugares donde ellos u otros gatos los han rociado en el pasado, añadiendo su propio nuevo olor a todas las marcas de los antiguos que ya se habían depositado allí.

La orina de los machos tiene un olor notablemente fuerte, tanto que hasta las atrofiadas narices humanas pueden detectarlo con mucha claridad. Para nosotros desprenden un hedor particularmente desagradable y muchas personas han castrado a sus gatos en un intento de acabar con este cuidado. Otros olores de los gatos son casi imperceptibles para los humanos. Las glándulas que tienen en la cabeza, y que se frotan contra los objetos para depositar en ellos su olor, otra forma felina de su marcado, producen un aroma que es de gran significación para los gatos, pero que pasa completamente inadvertido por sus dueños.

Algunas autoridades han alegado que la orina esparcida actúa como una señal amenazadora para los gatos rivales. Sin embargo, faltan pruebas de peso, y muchas horas de pacientes investigaciones de campo nunca han revelado ninguna reacción que apoye ese punto de vista. Si el olor dejado en los mojones fuese verdaderamente amenazador para otros gatos, debería intimidarlos cuando lo oliesen. Deberían retroceder muertos de miedo y de pánico, y luego alejarse. Pero su respuesta es exactamente la contraria. En

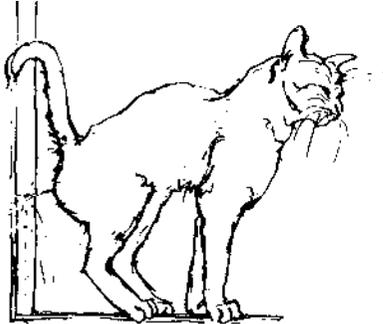
vez de retirarse, se sienten atraídos por las marcas, y las olisquean con el mayor interés.

Así, pues, si no son amenazadoras, ¿qué significan las marcas territoriales? ¿Qué señales conllevan? La respuesta es que funcionan como los periódicos respecto de nosotros. Cada mañana leemos el diario y nos mantenemos informados de cómo van las cosas en el mundo de los humanos. Los gatos deambulan por sus territorios y, al olisquear las marcas de olor, se enteran de todas las novedades acerca de las idas y venidas de la población felina. Comprueban cuánto tiempo ha pasado desde su última visita (por el grado de debilitamiento de su última micción) y "leen" por el olor quién más ha pasado por allí y ha efectuado su rociadura, y cuánto tiempo hace de ello. Cada rociado lleva también consigo una considerable información del estado emocional y la identidad del individuo. Cuando un gato decide dejar otra rociada realiza el equivalente felino de escribir una carta al *The Times*, publicar un poema o dejar una tarjeta de visita, compendiado en un chorro de orina.

Puede argüirse que el concepto de señalización de olor es inverosímil y que el rociado hecho por los gatos es, simplemente, el método de desembarazarse de sus orines y que, por lo tanto, carece de otra significación. Si un gato tiene la vejiga llena la vaciará; si la vejiga está vacía no habrá el menor rociado. Pero los hechos contradicen esto. Cuidadosas observaciones han mostrado que los gatos llevan a cabo acciones regulares de vaciado, de modo rutinario y sin tener en cuenta el estado de sus vejigas. Si se da el caso de que están llenas, entonces cada chorro será grande. Si está casi vacía, entonces se racionará la orina. El número de chorritos y las áreas territoriales en las que marcará su olor seguirán siendo las mismas, sin importar el mucho o poco líquido que el gato haya bebido. Asimismo, si el gato carece por completo de orines, continuará su rutina de las marcaciones odoríferas, visitando laboriosamente cada sitio marcado volviendo la espalda hacia él, esforzándose y moviendo la cola, alejándose a continuación. El acto del rociado tiene su motivación por separado, lo cual

constituye una clara indicación de su importancia en la vida social felina.

Aunque no se da en todos los casos, las hembras y los machos castrados, lanzan también chorros de orina como los gatos no castrados. La diferencia radica en que sus acciones son menos frecuentes y su olor menos nauseabundo, por lo que apenas nos percatamos del mismo.



¿Qué extensión tiene el territorio de un gato?

El colega salvaje del gato doméstico tiene un territorio muy grande y los machos llegan a patrullar hasta 80 hectáreas. Los gatos domésticos asilvestrados viven en zonas alejadas donde existe un espacio ilimitado de un área impresionantemente grande. Los típicos gatos de granja disponen también de mucho espacio y los machos recorren hasta 65 hectáreas. Las gatas de granja son más modestas, sólo tienen de promedio unas 6 hectáreas. En las ciudades, pueblos y suburbios, la población gatuna llega a la superpoblación, lo mismo que las personas. Los territorios de los gatos callejeros se reducen a una simple fracción del radio del hogar disfrutado por sus primos del campo. Se estima que los gatos que viven, por ejemplo, en Londres disfrutan de un espacio no superior a dos mil metros cuadrados. Los gatos domésticos mimados que habitan en las casas de sus dueños pueden estar aún más restringidos, dependen del tamaño de los jardines contiguos a las

viviendas. La densidad máxima registrada es de un gato doméstico por cada seiscientos metros cuadrados.

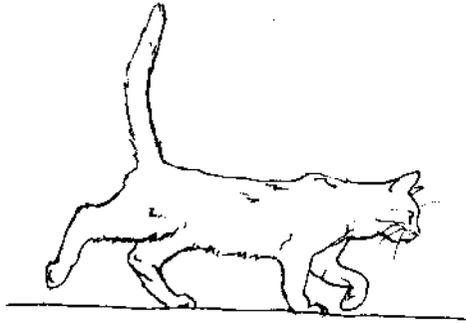
Este grado de variación en el tamaño de los territorios felinos muestra lo flexible que puede llegar a ser el gato, que al igual que las personas, se adapta, aunque tenga que encogerse, a sólo su hogar, sin sufrir por ello más de lo debido. Según las cifras que hemos dado, resulta fácil calcular que 8.750 apretujados gatos domésticos cabrían en el territorio de un solo gato salvaje. El hecho de que la vida social de los gatos amontonados no se convierta en algo caótico y pervertido, constituye un testimonio de la tolerancia social de los gatos. En cierto modo esto nos sorprende, porque la gente habla de la sociabilidad de los perros, y hace constar que los gatos son mucho más solitarios e insociables. No lo han elegido pero, ante el desafío de tener que vivir unos gatos con otros, cola contra cola, se las arreglan bastante bien.

Consiguen este éxito dentro de tan alta densidad de varias formas. El factor más importante es la provisión de alimento por parte de sus dueños, lo que elimina la necesidad de largas cacerías diarias. Quizá no elimine el ansia de emprender tales periplos, pero reduce la osadía que nace de un estómago vacío. Aunque invadan territorios vecinos, pueden dejar la caza sin morir de hambre. El restringir sus cacerías al atestado radio de acción de sus hogares les hará ineficientes para la caza, lo que puede ser frustrante, pero no pasa hambre ni por eso tiene que enfrentarse a la muerte. Se ha demostrado que, cuantos más alimentos les suministran sus dueños, más pequeños se hacen sus territorios urbanos.

Otro factor que les ayuda es la forma en que los amos señalan sus territorios (con vallas, arbustos y muros para delimitar sus jardines). Todo ello les proporciona líneas fronterizas naturales que resultan sencillas de reconocer y defender. Además, también pueden esconderse dentro de sus territorios. Las hembras suelen tener en sus hogares varios sitios donde se esconden y donde pueden encontrarse en terreno neutral. Los machos - cuyos territorios son siempre diez veces mayores que los de las hembras - se esconden mucho menos. Cada macho deambula por un área

que incluye varios territorios de las hembras, permitiéndole observar permanentemente qué reina (hembra) se encuentra en celo en cualquier momento dado.

Se permite este apartamiento porque, por lo general, los gatos se evitan mutuamente mientras patrullan por los mojones de su territorio. Si, por casualidad, dos de ellos se topan, se amenazarán uno al otro o, quizá siga cada cual su camino, pero observándose en sus movimientos y aguardando su turno para visitar la zona particular del otro.



El número de gatos domésticos, naturalmente, es controlado por sus propietarios, con el castrado de adultos, la destrucción de las camadas no deseadas y la venta o el abandono de los gatitos de más. Pero, ¿cómo las distribuciones territoriales de los gatos salvajes se mantienen a pesar de su mucha descendencia? Un estudio detallado que se hizo de los gatos que vivían en los malecones de un gran puerto, en un área de 100 hectáreas, nos dice que había noventa y cinco gatos. Cada año nacían un total de 400 gatitos. Se trata de unas cifras elevadas, de unos diez por hembra, lo cual significa un promedio de dos camadas por cada reina. En teoría, esto significaría que la población se cuadruplicase cada año. Pero se observó que la población permanecía estable de un año a otro. Los gatos habían establecido un tamaño apropiado de territorio para aquel mundo salvaje en los malecones donde vivían, y se habían limitado a mantenerlo. Investigaciones más a fondo revelaron que sólo uno de cada ocho gatitos sobrevivía hasta convertirse en adulto. Esos cincuenta gatos de más a la población cada año se veían compensados por las cincuenta

defunciones de los gatos más viejos. Aquí, la causa principal de las muertes (lo mismo que en las poblaciones urbanas de gatos) eran los fatales accidentes de circulación.

¿Qué grado de sociabilidad tienen los gatos?

A menudo se considera al gato como un animal solitario y egoísta, que va por ahí solo y que únicamente se une con otros gatos para pelear o aparearse. Cuando los gatos viven en estado salvaje, con suficiente espacio, es cierto que responden a esta descripción bastante bien, pero son capaces de cambiar su forma de ser cuando viven más superpoblados. Al encontrarse en pueblos y ciudades, y en las casas de sus dueños, los gatos muestran un notable e inesperado grado de sociabilidad.

Cualquiera que dude de esto debe recordar que, para un gato doméstico, nosotros somos gatos gigantes. El hecho de que los gatos domésticos compartan el hogar con una familia es, en sí mismo, prueba de su flexibilidad social. Pero esto es sólo una parte de la historia. También de otras muchas formas demuestran los gatos cooperación, ayuda mutua y tolerancia. Esto se nota sobre todo cuando una hembra tiene gatitos. Se ha visto que otras hembras actúan como parteras, ayudando a morder los cordones umbilicales y a limpiar a la progenie de recién nacidos. Más tarde, pueden ofrecer un servicio de canguro, traer comida para la nueva madre y, ocasionalmente, alimentar a los gatitos de otras camadas, además de la propia. Incluso a veces los machos muestran algo de sentimiento paternal, limpiando a los gatitos y jugando con ellos.

No se trata de hechos corrientes pero, a pesar de que sólo suceden de vez en cuando, son reveladores de que el gato, en especiales circunstancias' se comporta de un modo menos egoísta de lo que Podríamos esperar.

La conducta territorial también supone algún impedimento y alguna participación. Los gatos hacen todo lo que pueden para evitarse y, a menudo, disponen de los mismos territorios, a horas diferentes, como forma de

reducir los conflictos. Además, también hay territorios sin gatos, donde pueden desarrollarse "clubes" sociales. Se trata de unas zonas de medio ambiente donde, por alguna razón, los gatos convocan una tregua general y se reúnen sin demasiadas peleas. Esto es algo común en los gatos asilvestrados de la ciudad, en sitios especiales donde pueden encontrar con qué alimentarse. Si las personas les tiran allí comida, ellos se reunirán más bien de forma pacífica y la compartirán, tolerándose en su proximidad de forma que sería impensable en el "hogar base" de dichos gatos.

Al considerar estos hechos, algunas autoridades en la materia han llegado lo suficientemente lejos como para afirmar que esos gatos son verdaderamente gregarios y que su sociedad es más cooperativa que la de los perros. Pero se trata de una exageración romántica. La verdad es que, en lo que se refiere a la vida social, los gatos son unos oportunistas. Pueden tomarla o dejarla. Un perro solitario es una criatura desdichada. Un gato solitario se encuentra, todo lo más, aliviado de que le dejen en paz.

Si esto es así, ¿cómo cabe entonces explicar los ejemplos de ayuda mutua que hemos dado antes? Algunos de ellos se deben a que hemos convertido a los gatos domésticos en unos gatitos grandes. Al continuar alimentándoles y cuidándoles prolongamos su carácter juvenil en su vida de adultos. Al igual que Peter Pan, nunca crecerán mentalmente, aunque se conviertan físicamente en unos adultos maduros. Los gatitos son juguetones y amistosos con sus hermanos de camada y con sus madres, por lo que suelen actuar juntos en pequeños grupos. Esta cualidad se conservará, a veces, aun siendo adultos, haciéndoles menos competitivos y menos solitarios. Además, esos gatos que viven salvajes en las ciudades, donde hay poco espacio, se adaptan a sus encogidos territorios por necesidad, más que por gusto.

Algunos animales pueden vivir sólo en grupos sociales íntimamente unidos. Otros únicamente tolerarán una existencia por completo solitaria. La flexibilidad del gato significa que puede aceptar uno u otro modo de vida, y que ha sido esto lo que constituyó un factor clave para su larga

historia de éxitos, desde que se domesticó por primera vez hace ya miles de años.

¿Por qué los gatos maúllan para que les dejen salir y vuelven hacerlo para que les dejen entrar?

Los gatos odian las puertas. Simplemente, las puertas no están registradas en la historia de la evolución de la familia gatuna. Les bloquean constantemente las actividades de merodeo y les impiden explorar el radio de acción de su hogar, y regresar cuando quieran a su base segura y central. Las personas a menudo no comprenden que un gato necesita realizar sólo una breve inspección de su territorio antes de regresar con toda la información necesaria acerca de las actividades de los otros gatos de la vecindad. Le gusta realizar esas pequeñas inspecciones a intervalos frecuentes, pero no desea quedarse fuera demasiado tiempo, a menos que se produzca un cambio sustancial e inesperado en las condiciones de la población felina local.

Como resultado de todo ello, parece haber cierta perversidad por parte de los gatos de compañía que, primero quieren salir y, cuando están fuera, desean entrar. Si su dueño no practica una pequeña gatera en la puerta de atrás de la casa, habrá una regular demanda de atención, para ayudar al gato a su rítmica supervisión territorial. En parte, la razón de que esta repetida comprobación de su mundo sea tan importante se debe al sistema horario del mensaje de las marcas de olor. Cada vez que un gato se frota contra un mojón de su territorio o rocía en él orina, deja el olor que le es propio y que, inmediatamente, comienza a perder su poder. Este declive se produce en una proporción constante y los gatos pueden emplearlo para determinar cuánto tiempo ha transcurrido desde que el marcador de olor se señaló o se roció. Las visitas repetidas de un gato para inspeccionar su territorio las motiva la necesidad de reactivar la lenta desaparición de las señales odoríferas. Una vez ha llevado esto a cabo, llama de nuevo

el atractivo de la comodidad y la seguridad, por lo que la ansiosa cara del felino aparece por enésima vez en la ventana.

¿Por qué hace un gato señales con las orejas?

A diferencia de los humanos, los felinos tienen unas orejas muy expresivas. No sólo cambian de dirección mientras el gato escucha los sonidos que proceden de diferentes fuentes, sino que también, adoptan posturas especiales que reflejan su estado de ánimo.

Existen cinco señales básicas con las orejas, relacionadas con los siguientes estados de ánimo: relajado, alerta, nervioso, defensivo y agresivo.

En el gato relajado las aperturas de las orejas apuntan hacia delante y un poco hacia fuera, mientras el animal escucha los sonidos que le interesan desde un amplio ámbito.

Cuando el gato descansado se despereza y enfoca algún detalle excitante en sus alrededores, la posición de las orejas cambia al modo alerta. Se queda mirando el punto que suscita su interés y sus orejas se yerguen por completo y las hace rotar, de modo que sus aperturas apunten directamente hacia delante. Mantiene las orejas de esta forma mientras él sigue mirando hacia delante. La única variación se produce si se presenta un ruido repentino hacia un lado del animal, en cuyo caso permitirá a una oreja una leve rotación en aquella dirección, pero su mirada seguirá fija.

Un gato nervioso, que sufre un estado de conflicto, frustración o temor, a menudo presenta una agitación de las orejas. En algunas especies de gatos salvajes esta respuesta es en extremo perceptible a través de la evolución de un copete en las orejas, pero el gato doméstico carece de este refinamiento y el retorcimiento de la oreja por sí misma es menos frecuente. Algunos mechones se presentan en ciertas razas, especialmente en el gato abisinio que tiene un

pequeño punto de pelo oscuro en las orejas, pero, en comparación con los grandes copetes de algunas especies, como el Caracal Lynx, esto es insignificante.

Un gato a la defensiva presenta unas orejas por completo aplanadas. Se encuentran fuertemente oprimidas contra la cabeza, como una forma de protegerlas durante las peleas. Las orejas retorcidas y hechas jirones de los machos que regresan de una batalla campal constituyen un vívido testimonio de la necesidad de ocultar esta delicada parte de su anatomía, tanto como sea posible mientras las uñas se encuentran extendidas. El efecto de aplanar las orejas a los lados de la cabeza es para convertirlas en casi invisibles cuando se mira al animal de frente, y para proporcionar a la cabeza un contorno más redondeado. Existe una raza rara llamada el pliegue escocés que tiene permanentemente aplastadas las orejas, dándole de continuo un aspecto defensivo, sin tener en cuenta su auténtico estado de ánimo. Lo que resulta difícil de imaginar es el efecto que tiene esto en su vida social.

Un gato agresivo, que es hostil sin hallarse particularmente asustado, tiene su propia postura especial de las orejas. Aquí, las orejas giran pero no llegan a aplastarse del todo. Los dorsos de las orejas se hacen visibles desde delante, y ésta es la más peligrosa señal que cualquier oreja puede transmitir.



En su origen, esta postura de la oreja se hallaba a mitad de camino entre la de alerta y la de a la defensiva; en otras palabras, a mitad de camino entre erguida hacia delante y

aplastada hacia atrás. En efecto, es una posición de "preparado para lo que venga".

El animal está diciendo:

- Estoy preparado para atacar, pero no me has asustado tanto como para protegerme las orejas aplastándolas.

La razón de que esto implique el mostrar la parte posterior de las orejas es porque deben girarse hacia atrás antes de aplanarlas por completo. Por lo tanto, las orejas en rotación se encuentran en una postura de "preparadas para aplastarse", en el caso de que el gato oponente agresivo se atreva a desafiarlas.

La postura agresiva de las orejas ha llevado a algunas marcas de las orejas que resultan atractivas en ciertas especies de gatos salvajes, especialmente el tigre, que posee una gran mancha blanca bordeada de negro en la parte posterior de cada oreja. Cuando un tigre está furioso, no existe ninguna duda acerca de su estado de ánimo, mientras el par de vívidas manchas blancas giran y se hacen visibles. Una vez más, los gatos domésticos carecen de esas marcas especiales.

¿Cómo pelean los gatos?

Las luchas de gatos en estado salvaje son una verdadera rareza porque lo que sobra es espacio. Pero en las áreas urbanas y suburbanas, más atestadas, los territorios felinos se juntan y con frecuencia se superponen. Esto significa que frecuentemente se dan peleas y serios duelos físicos, sobre todo entre machos rivales. De vez en cuando quedan cuerpos muertos o se producen serias heridas como resultado de dichas peleas.

El objetivo primario de un gato al atacar es propinar a su rival un mortal mordisco en el cuello, empleando en gran parte la misma técnica que cuando mata a una presa. Dado que su oponente tiene más o menos el mismo tamaño y la misma fuerza, este mordisco fatal raramente se produce. Por lo mismo, el rival, por más miedoso y cobarde que sea

se defiende de manera que es casi imposible lograr un auténtico mordisco en la garganta.

Lo que debemos recordar aquí es que, incluso el individuo más salvaje y dominante, cuando se lanza por su fiero instinto al ataque, en su interior teme los resultados de "luchar hasta las últimas consecuencias". Si le acorralan, el más débil lo intenta todo, lanza sus aguzadas garras, hiere si es posible al gato dominante de una forma que pueda suponer una seria amenaza para sus futuros éxitos venatorios y, por lo tanto, para su auténtica supervivencia. Por ello, incluso un atacante extremista muestra cierto miedo en su agresión al llegar el golpetazo final del contacto físico.

Una típica batalla se desarrolla de la forma siguiente: el animal dominante localiza a un rival y se aproxima a él adoptando una característica postura de amenaza, caminando sobre sus patas estiradas por completo para parecer, de repente, mayor de lo que es. Este efecto se consigue además erizando los pelos del lomo. Dado que las cerdas son más largas hacia la parte de atrás del animal al encrespase la línea de su lomo sube hacia la cola. Esto confiere al gato atacante una silueta que es exactamente la contraria de la forma agazapada del rival más débil, cuya parte posterior se mantiene baja casi pegada al suelo.

Mostrando la zona posterior de sus orejas y aullando, gruñendo y refunfuñando, el atacante avanza a cámara lenta, observando cualquier reacción repentina de su encogido enemigo. Los ruidos que hace son sobrecogedoramente hostiles, y resulta difícil comprender cómo a una actitud tan marcadamente agresiva se le haya podido calificar de "maullidos de amor" del gato macho. Sólo cabe preguntarnos cómo será la vida amorosa de las personas que inventaron ese nombre. Huelga decir que no tiene nada que ver con el auténtico cortejo del gato.

Cuando el gato atacante llega muy cerca de su rival, realiza un movimiento extraño, pero altamente característico, tuerce la cabeza. A un metro de distancia alza levemente la testa y la tuerce hacia un lado, sin perder de vista al enemigo. Luego el atacante da un paso lento hacia delante y ladea de nuevo la cabeza hacia la otra parte. Esto

suele repetirse varias veces y parece ser un amago del inminente mordisco en la garganta, como si dijese con la cabeza ladeada y en posición de morder: esto es lo que te espera.

En otras palabras, el atacante lleva a cabo la "intención de movimiento" del típico asalto de la especie.

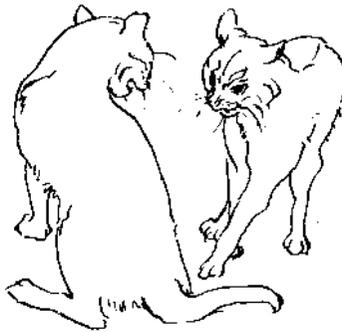
Si dos gatos de igual categoría o rango se encuentran y se amenazan mutuamente, puede transcurrir largo rato de punto muerto, con cada uno de los animales llevando a cabo exactamente la misma aproximación hostil, como si estuviesen delante de un espejo. Cuanto más se acercan, más lentos y breves se hacen sus movimientos, hasta que en un momento dado se inmovilizan, y esta paralización puede prolongarse, durante muchos minutos. Durante todo el tiempo continuarán exhalando sus penetrantes maullidos y gemidos, pero ni uno ni otro está dispuesto a capitular. Llegado el momento, pueden separarse en un movimiento increíblemente lento. Incrementar su velocidad sería tanto como admitir su debilidad, y ello llevaría a un inmediato ataque del rival, por lo que ambos se retiran con unos movimientos casi imperceptibles para mantener su rango.

Si esas amenazas y contraamenazas desembocan en una pelea seria, todo comienza con una arremetida por parte de uno de los adversarios intentando un mordisco a la garganta. Cuando sucede esto, el adversario gira instantáneamente en redondo y se defiende con sus propias fauces, mientras golpea al mismo tiempo con sus patas delanteras, que se traban con las garras delanteras del contrario, al tiempo que se propinan salvajes coces con sus potentes patas traseras. Este es el momento en que, literalmente se arma una tremolina impresionante, y los maullidos dan paso a fuertes chillidos, y, los dos animales ruedan, se enzarzan, se muerden, se clavan las garras y se cocean.

Esta fase no dura mucho. Es demasiado intensa. Los rivales se apresuran a separarse y prosiguen sus exhibiciones de amenaza, mirándose mutuamente y gruñéndose de nuevo. Se repite entonces el asalto, tal vez varias veces, hasta que, finalmente, uno de los dos se rinde y se echa al suelo con las orejas por completo aplastadas.

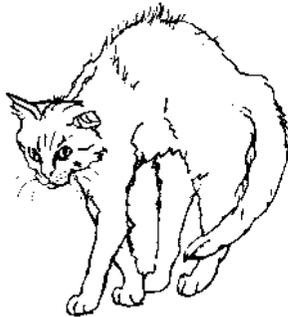
Éste es el momento en que el vencedor realiza otra exhibición muy característica. Se vuelve en ángulo recto hacia el perdedor y, con gran concentración, empieza a olisquear el suelo, como si exactamente en aquel momento se hubiese depositado allí un olor irresistiblemente delicioso. El animal se concentra tanto en ese olisqueo que, de no tratarse de un rasgo peculiar de todas las peleas, tendría la apariencia de una auténtica verificación de olores. Pero se trata sólo de un acto ritual, de una exhibición de victoria que señala al rival perdedor que se ha aceptado su sumisión y su derrota y que la batalla ha terminado. Después del olisqueo ritual, el vencedor se aleja lentamente y al cabo de un corto intervalo, el que ha sido vencido se aleja más de prisa hasta un lugar seguro.

No todas las peleas se llevan a cabo con tanta intensidad. Las disputas más suaves se zanján "rozando las garras", momento en que los rivales se golpean mutuamente con las manos extendidas. Al pegar en la cabeza del rival de esta manera son capaces de zanzar sus diferencias sin practicar todo el ritual de una riña de gatos y sin la saña que hemos descrito más arriba.



¿Por qué un gato arquea el lomo cuando ve a un perro desconocido?

Si un gato se siente amenazado por un perro, se apoya sobre las patas extendidas por completo y, al mismo tiempo, arquea el lomo en forma de U invertida. La función de esta exhibición resulta claro que es para aparentar un tamaño tan grande como le sea posible, en un intento de convencer al perro de que se está enfrentando a un oponente de cuidado. Para comprender el origen de esta exhibición es necesario observar lo que ocurre cuando dos gatos se amenazan mutuamente. Si un gato es en extremo hostil con respecto a otro y siente un poco de miedo, se aproxima sobre sus patas rígidamente extendidas y con el lomo recto. Si su rival se encuentra asustado y no manifiesta hostilidad, arquea el lomo y se agazapa en el suelo. En el caso del gato al que se le aproxima un perro, existe tanto una intensa agresión como un miedo cerval. Es este conflicto, este doble estado de ánimo, lo que origina una exhibición especial. El gato ofrece el elemento más particular de su reacción de cólera - las patas rígidamente extendidas - y el elemento más característico de su reacción de temor - el lomo arqueado - y los combina para exhibir una sensación de "gato agrandado". De haber tomado también los otros elementos - el lomo recto, indicador de furia y el agazapamiento, indicador de miedo - el resultado no sería tan impresionante.



Lo que ayuda a su "exhibición de transformación" es el hecho de que el animal, mientras estira las patas y arquea el lomo, también pone el pelo de punta y se mantiene de

costado respecto del perro. Juntos, estos cuatro elementos constituyen una exhibición del máximo incremento del tamaño. Aunque el gato se retire un poco, o avance hacia el perro, mantiene cuidadosamente su posición de costado, extendiendo su cuerpo delante del perro como el capote de un torero.

Durante la exhibición de lomo arqueado, el gato silba ominosamente, como una serpiente, pero el silbido se convierte en gruñido si existe peligro de ataque. Luego, cuando realmente se lanza hacia el perro, añade un explosivo "escupitajo" a su exhibición. Los gatos experimentados aprenden muy pronto que la mejor política para enfrentarse a un perro hostil es lanzarse al ataque en vez de salir corriendo, pero requiere bastante valor hacerlo cuando el peso del perro es varias veces superior al peso del gato. Sin embargo, la alternativa de "salir pitando" es mucho más arriesgada, porque la huida del gato despierta en el perro el instinto de caza. Para un perro, un "objeto que corre" sólo significa una cosa: comida, y resulta difícil dejar de lado el estado de ánimo cazador canino una vez se ha suscitado. Aunque el gato en su huida se detenga y se enfrente al perro valientemente, le quedan ya pocas esperanzas, porque el perro tiene la sangre encendida y se lanza tras la presa, tenga el gato o no arqueado el lomo. Pero si el gato resiste valientemente desde el primer momento del encuentro, existe una gran posibilidad de derrotar al animal más grande, simplemente porque, al atacarlo, el gato no proporciona ninguna de las acostumbradas "señales de presa". Con las aguzadas uñas del gato :amenazando su sensible hocico, es mucho más probable que el gato inicie una digna retirada, y deje a aquella furia silbante dedicada a sus propios asuntos. Por lo tanto, en lo que a los perros se refiere, cuanto más intrépido sea el gato, más seguro le resultará.

¿Por qué bufan los gatos?

Parece más que probable que el parecido entre el silbido de la serpiente y el bufido que produce un gato no sea casual. Se ha alegado que el bufido del felino es un caso de mímica protectora. En otras palabras, el gato imita a la serpiente para dar la impresión de que es muy venenoso y de mucho cuidado.

La cualidad del bufido es ciertamente muy similar. Un gato amenazado, enfrentado con un perro o con cualquier otro depredador, produce un sonido que es casi idéntico al de una enfurecida serpiente en una situación semejante. Los depredadores tienen gran respeto a las serpientes venenosas, por buenas razones, y a menudo hacen una pausa lo suficientemente larga para que la serpiente pueda escapar. Este titubeo es, por lo general, el resultado de una reacción innata. El atacante no tiene que aprender a evitar las serpientes. El aprenderlo no le sería de gran utilidad en un contexto semejante, puesto que la primera lección sería la última. Si un gato acorralado es capaz de alarmar a un atacante desencadenando en él ese miedo instintivo a las serpientes, resulta obvio que constituye una ventaja, y ésta es, probablemente, la auténtica explicación de la manera en que ha evolucionado el bufido del gato.

Apoya esta idea el hecho de que, a menudo, los gatos añaden el babear a su bufido. Escupir es otra forma de cómo reaccionan las serpientes amenazadas. Asimismo se ha sugerido que el aplastamiento de las orejas a la cabeza y el abrir las mandíbulas, cuando bufa a un atacante, consigue que su cabeza parezca mucho más serpentiforme. A veces, el gato acorralado mueve o azota su cola de una manera especial, reminiscencia de los movimientos de una serpiente que está a punto de atacar o de huir. Finalmente, se ha señalado que, cuando un gato atigrado (con marcas similares a las del tipo salvaje, o gato ancestral) yace dormido, muy acurrucado sobre el tocón de un árbol o sobre una roca, su coloración y su forma redondeada le hacen extrañamente parecido a una serpiente enroscada. Ya en el siglo XIX se sugirió que la pauta de las marcas en un gato

atigrado no son un capricho, sino complemente un enmascaramiento, es decir, son imitaciones de las marcas de camuflaje de una serpiente. Un animal de presa, como el águila, al ver a un gato dormido, como resultado de su parecido se lo piensa dos veces antes de atacar.

¿Por qué un gato mueve la cola cuando va a cazar un pájaro sobre la hierba?

La escena resulta familiar a la mayoría de los dueños de gatos. A través de la ventana ven cómo el gato persigue a un pájaro acercándose con sigilo: la cabeza baja, el cuerpo pegado al suelo. Este cauteloso intento de agazaparse para pasar lo más inadvertido posible se ve truncado de repente, y de forma dramática, por la cola del animal, que empieza a ondular incontrolada, adelante y atrás azotando el aire. Movimiento que diríase es como una bandera ondeando hacia el pájaro para prevenirle del peligro que se le aproxima. La presunta víctima emprende el vuelo inmediatamente y se aleja, dejando al felino cazador frustrado, que alza la mirada hacia el cielo.

El dueño, testigo de la escena, queda intrigado por la ineficacia de su gato. ¿Por qué la cola traiciona al resto del cuerpo de esta manera tan desastrosa? Seguro que, los antepasados salvajes del gato doméstico no habrían sobrevivido de haber tenido tan serio fallo en su técnica de caza. Sabemos que esa ostentosa manera de menear la cola es una señal social que indica un conflicto agudo. Resulta útil cuando la emplea un gato con otro, y constituye una parte importante del lenguaje corporal del felino. Pero cuando se traslada a un contexto de caza, donde los únicos ojos que localizan la señal son los de la presunta presa, es la ruina de toda la empresa. ¿Por qué no se ha suprimido en unos casos así?

Para encontrar la respuesta debemos observar la secuencia venatoria normal del gato. Ésta no tiene lugar en un prado abierto, y los dueños la conocen poco porque implica que el gato pase buena cantidad de tiempo al acecho

y escondido. Si los dueños aparecen en una cacería ya empezada, automáticamente el gato la interrumpe y no habrá nada más que observar. La perturbada presa escapa y el gato abandona el asunto. Por lo tanto, para un observador fortuito toda la secuencia no es fácil de estudiar. Requiere una observación más sistemática y secreta. Cuando se quiere llevar a cabo, emergen a la luz los puntos siguientes:

En primer lugar, el gato hace todo lo posible para mantenerse a cubierto. Pasa mucho tiempo echado y medio escondido entre la maleza, a menudo con sólo sus ojos y parte de la cara visibles. Por lo general, la cola queda fuera de la vista. En segundo lugar, nunca intenta saltar sobre una presa hasta que está muy cerca de ella. No se dedica a perseguirla. Puede realizar algunas carreras persecutorias, precipitándose hacia delante en su postura aplastada, pero luego se detiene y aguarda de nuevo antes de saltar. En tercer lugar, sus presas normales son los roedores y no los pájaros. Un estudio cuidadoso sobre los gatos salvajes, llevado a cabo en Estados Unidos, reveló que los pájaros sólo contaban en su dieta habitual en un cuatro por ciento. La excelente vista de las aves y su habilidad para volar en línea recta para escapar, les hace unos blancos desaconsejables para los gatos domésticos.

Todos estos puntos explican el dilema del gato suburbano que caza un pájaro en la hierba de un jardín. Para empezar, el césped bien cuidado roba al gato toda su cobertura natural, exponiendo su cuerpo a la vista. Esto es doblemente perturbador para sus posibilidades. Le imposibilita arrastrarse hasta lo más cerca posible para dar su típico salto sin llegar a ser visto. Esto desencadena un conflicto entre el deseo de permanecer inmóvil y agazapado, por una parte, y el deseo de precipitarse hacia delante y atacar, por otra. El conflicto hace que su cola comience a moverse furiosamente, y la misma falta de cobertura que creó el conflicto es la que expone los vigorosos movimientos de la cola a la asustada visión de la presunta presa.

Si el intento de cazar un pájaro en la hierba se ve tan fatalmente abocado al fracaso, ¿por qué el gato lo sigue intentando? La respuesta es que todo gato posee un ansia poderosa de salir de caza a intervalos regulares, pero esa

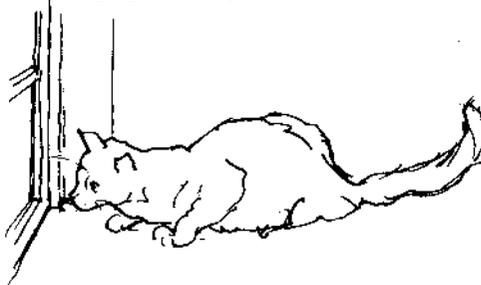
urgencia se ve seriamente disminuida por los avances del control raticida por parte del hombre. En pueblos y ciudades, y aun suburbios, la población de roedores que solía invadir las casas y otras instalaciones se ha visto diezmada por las técnicas modernas. Las aves de jardín pueden ser también una plaga, pero su atractivo a los ojos humanos les ha protegido de una carnicería similar. Como resultado de todo esto, el gato especializado en la caza de roedores se encuentra en la actualidad, y de un modo no natural, libre de ese deber de perseguir ratones y en un medio ambiente en el que abundan los pájaros. En estas condiciones no puede utilizar sus habilidades naturales para la caza. Es este estado de cosas el que le lleva a agazaparse desesperanzado en, los prados abiertos, mirando con ansiedad a los esquivos pajarillos. Por lo tanto, cuando mueve la cola a su presa en esas ocasiones, no se trata de que el gato sea un cazador estúpido, sino que somos nosotros, sin quererlo, los que hemos forzado a un inteligente cazador a intentar una tarea casi imposible.

¿Por qué un gato castañetea los dientes al ver un pájaro a través de la ventana?

No creo que todos los dueños de gatos hayan observado este curioso acontecimiento, pero es tan extraño, que "visto una vez jamás se olvida". Si el gato, sentado en el alféizar de la ventana, localiza un pajarillo dando llamativos saltos, y se queda mirándole fijamente. Al hacerlo, comienzan a castañetearle los dientes con un movimiento de la mandíbula, que ha sido diversamente descrito como "tartamudeo con castañeteo de dientes", "reacción tetánica" y "frustrado castañeteo de las fauces del gato en forma de "staccato" mecánico". ¿Qué significa todo esto?

Se trata de lo que se conoce como "actividad vacía". El gato lleva a cabo su especial mordisco mortal, como si el desgraciado pájaro estuviese ya atrapado en sus fauces. Una observación atenta de la forma en que el gato mata a sus presas ha revelado que existe un movimiento peculiar de las

mandíbulas, el que se emplea para conseguir la muerte casi instantánea. Esto es algo importante para un depredador felino, porque incluso la más tímida de las presas puede escaparse una vez se ha saltado sobre ella, y resulta vital para el gato reducir en lo posible cualquier riesgo de lastimarse con el afilado pico de un ave o con los poderosos dientes de un roedor. Por lo tanto, no hay tiempo que perder. Tras el salto inicial, en que la presa queda sujeta por las fuertes garras delanteras del cazador, el gato baja sus largos dientes caninos, apuntando a la nuca. Con un rápido movimiento de la mandíbula, inserta los caninos en el pescuezo, deslizándolos entre las vértebras para cortar la espina dorsal. Este mordisco mortal paraliza inmediatamente a la presa. Una derivación de este movimiento especial es lo que el gato frustrado, mirando por la ventana, lleva a cabo, incapaz de controlarse ante la tentadora visión del jugoso pajarillo que está afuera.



Digamos de pasada que al mordisco fatal le guía la muesca de los rasgos corporales de la presa, una muesca en el lugar en que el cuerpo se une a la cabeza, que existe tanto en los pajarillos como en los pequeños roedores. Algunas presas han desarrollado una táctica defensiva encogiendo el cuerpo para ocultar esta muesca y consiguiendo que el gato yerre en su puntería. Si el truco funciona, el gato tal vez muerda a su víctima en una zona en que no produzca la muerte, y en no raras ocasiones la presa herida podrá escaparse a lugar seguro, si el gato la afloja momentáneamente, imaginando que ya ha asestado su golpe letal.

¿Por qué un gato mueve la cabeza de un lado a otro cuando se queda mirando a su presa?

Cuando un gato se prepara para saltar sobre su presa, suele mover la cabeza rítmicamente de un lado a otro. Se trata de un mecanismo empleado por numerosos depredadores provistos de visión binocular. La oscilación de la cabeza constituye un método para comprobar la distancia exacta en que está localizada la presa. Si se mueve la cabeza de un lado a otro se comprueba que, cuanto más cerca se encuentra un objeto, más se desplaza gracias a los movimientos laterales. El gato lo hace para refinar más su valoración, porque, cuando dé el salto, debe ser de la mayor exactitud o acabará en un fracaso.



¿Por qué a veces un gato juega con su presa antes de matarla?

A muchos dueños les horroriza encontrar a sus gatos de compañía torturando, aparentemente, a un ratón o a un pajarillo. El cazador, en vez de propinar el mordisco mortífero en el que es tan hábil, se permite el juego cruel de golpear, soltar, atrapar y dejar ir a la aterrada víctima, la cual, como resultado del mismo, puede morir de la impresión antes de que se le aseste el golpe de gracia. ¿Por qué hace esto el gato, cuando es una máquina de matar tan eficiente?

En principio, no es la Conducta propia del gato salvaje. Es el acto de un animal doméstico bien alimentado, al que le han ahorrado el trabajo de la caza como consecuencia del

medio ambiente "higiénico" en que vive: unos limpios suburbios, pueblos bien cuidados, donde hace tiempo que la infestación de roedores está regulada por los tratamientos de raticidas y las campañas de desratización. Para un gato así, atrapar ocasionalmente a un ratón de campo, o a un pajarillo, constituye un gran acontecimiento. No se atreve a terminar la caza y la prolonga tanto como le sea posible hasta que la presa muere. El impulso de cazar es independiente del impulso del hambre, como sabe todo dueño de un gato, cuyo animalito ha salido tras un pájaro en la hierba, inmediatamente después de llenarse la barriga con comida en lata. Del mismo modo que el hambre aumenta cuando se carece de comida, así la necesidad de cazar aumenta cuando no se tiene acceso a la presa. Simplemente, el gato doméstico reacciona más de lo debido y como resultado la presa sufre una muerte lenta.

Valorando todo esto, no cabría esperar que los gatos salvajes, con una vida muy dura, o los gatos de granja, considerados "controladores de plagas", se permitieran jugar con su presa ya medio muerta. En la mayoría, de los casos así es, en efecto, pero algunos investigadores han averiguado que las gatas de granja se permiten de vez en cuando una cosa así. Existe una explicación especial para estos casos. En cierto estadio del desarrollo de la camada las hembras tienen que llevar presas vivas al nido para enseñarles a los gatitos cómo se mata. Este proceso materno de enseñanza tendría la culpa de la predisposición de las hembras para jugar con sus presas, aunque no estén muertas de hambre durante el proceso de caza.

Existe otra explicación para esta conducta al parecer cruel. Cuando los gatos atacan a las ratas están muy nerviosos por la habilidad de la presa para defenderse. Una rata grande puede darle un peligroso mordisco al gato, por lo que debe ser reducida antes de cualquier intento de darle el mordisco mortal, que lleva a cabo dándole ligeros golpes con las garras extendidas. En una rápida sucesión de golpes el roedor acaba atontado. Sólo entonces, el gato se arriesga a arrimar más la cara para el mordisco fatal. En ocasiones, el gato amenaza a un ratoncillo, y empieza a golpearle con las garras en vez de morderle. En el caso de un ratón, esto

lleva rápidamente a una sucesión de golpes desproporcionadamente salvajes con el diminuto roedor zarandeado de un sitio para otro. Esta conducta felina puede hacer creer que está jugando con él, pero es distinta del juego de coger y soltar la presa y no debería confundirse con ella. En este juego el gato inhibe en todo momento su mordisco. Lo hace para prolongar la caza. En los ataques de golpear a los ratones antes de cazarlo, el gato, simplemente, reacciona más allá de lo normal por el posible peligro de los dientes de la presa. Esto puede parecer un juego cruel, pero en realidad se trata de la conducta de un gato que no está demasiado seguro de sí mismo. Incluso después de que la víctima esté casi muerta o muerta del todo, un gato así continuará golpeando el cuerpo de la víctima, observándola con atención para ver si existe alguna señal de recuperación. Sólo tras una buena ración de este tratamiento decidirá si es seguro llevar a cabo el mordisco fatal y comerse a la presa. Un cazador experimentado y dedicado de lleno a esta tarea tal vez no reaccione de dicha forma, pero un mimado gato doméstico, al ser un poco novato en las técnicas de una muerte rápida, quizá prefiera esta opción más segura.

¿Cómo prepara su comida el gato?

Inmediatamente después de matar, el gato emprende la extraña rutina de "dar un paseo". A menos que esté muerto de hambre, pasea arriba y abajo durante un rato, como si sintiese la necesidad de relajar la tensión producida durante la caza. Sólo entonces se dedica a comerse la presa. Esta pausa puede ser importante para la digestión del gato, proporcionando a su sistema nervioso la posibilidad de calmarse después de los tensos momentos por los que acaba de pasar. Durante esta pausa, una presa que haya fingido estar muerta podría intentar escapar y, en raras ocasiones, consigue hacerlo antes de que el gato vuelva a estar de nuevo en disposición de ponerse a cazar.

Cuando al final el gato se aproxima a su presa para comerla, existe el problema de cómo prepararla para tragársela con facilidad. Los pequeños roedores no causan dificultades. Simplemente, se los come empezando por la cabeza. Las pieles, si se las traga, las regurgita después. Algunos gatos separan la vesícula biliar y los intestinos, y evitan comérselos, pero otros están demasiado hambrientos para preocuparse de esta "menudencia" y se tragan tranquilamente todo el animal.

Los pájaros son otra cosa a causa de sus plumas, pero incluso aquí a las especies más pequeñas se las comen por entero, excepto la cola y las plumas de las alas. Los pájaros del tamaño del zorzal y del mirlo son desplumados poco antes de comérselos, pero luego el gato comienza impaciente a comer. Al cabo de un rato se detiene para quitar unas cuantas plumas más antes de seguir comiendo. Repite esta operación cierto número de veces mientras va comiendo. No obstante, las aves mayores necesitan un desplumado más sistemático, y si un gato tiene éxito en matar a una paloma u otra ave más grande, debe quitar las plumas antes de empezar a devorarla.

Para desplumar una paloma, el gato sujeta todo el cuerpo del ave con las patas delanteras, coge un montón de plumas entre los dientes, alza con cierta fuerza la cabeza con las mandíbulas llenas y luego, finalmente, abre la boca y agita la cabeza vigorosamente de un lado a otro para eliminar el plumaje que esté aún pegado. Mientras sacude la cabeza escupe con fuerza y con unos lengüetazos especiales, trata de limpiarse la boca de las plumas que aún siguen pegadas. Esto hace que el aseo sea a la inversa. Normalmente, la lengua limpia el pelaje, pero aquí es el pelaje el que limpia la lengua. Entonces se eliminan los últimos restos y ya puede iniciarse la siguiente acción de desplumado.

La tendencia a quitar las plumas de las aves grandes parece ser innata. En cierta ocasión proporcioné una paloma muerta a un gato salvaje en la jaula del zoo donde siempre le había dado trozos de carne como dieta regular. El gato se puso tan excitado al ver un ave entera que comenzó una sesión de desplumado, que siguió y siguió hasta tener todo el cuerpo del ave desnudo por completo. En vez de tumbarse

para comérsela, el gato dirigió la atención a la hierba sobre la que se sentaba y comenzó a arrancarla. Una y otra vez atrapó tallos de hierba del césped y los tiró lejos con los característicos movimientos de desplumado que había usado hasta entonces. Llegado el momento, agotadas sus frustradas ansias de preparar su comida, el gato mordió en la carne del ave y comenzó a alimentarse. De forma clara, el desplumado tenía su propia motivación y podía verse frustrada por el cautiverio, lo mismo que otros impulsos más claros.



El rasgo más extraño del desplumado radica en que los gatos de Europa lo realizan de forma diferente a los gatos de América. Las especies europeas arrancan las plumas con un movimiento en zigzag, que produce una total sacudida de la cabeza, mientras que los americanos tiran de las plumas en un largo movimiento vertical hacia arriba y luego lo sacuden hacia un lado. Al parecer, a pesar de la similitud entre los pequeños gatos de ambos lados del Atlántico, se trata en realidad de dos grupos distintos.

¿Es deficiente el gato como controlador de animales dañinos?

Antes de ser elevado el gato al rango de animal de compañía para las personas, el contrato entre hombre y gato se basó en la habilidad del animal para destruir animales dañinos. Desde el primer momento en que la Humanidad empezó a almacenar el grano, el gato tuvo un papel que desempeñar y cumplió su parte del acuerdo con gran éxito.

Hasta no hace mucho tiempo se creía que el mejor método de tener a los gatos en una granja y que matasen ratas y otros roedores nocivos era mantenerlos tan hambrientos como fuera posible. Esto parecía del todo obvio, pero era falso. Los gatos hambrientos de las granjas se desperdigaban por un amplio territorio de caza en busca de comida y cazaban pocos de esos animales nocivos dentro de la propia granja. Los gatos alimentados por el granjero se quedaban más cerca de casa y en su cuenta particular entraba un número mucho más elevado de animales nocivos eliminados. El hecho de estar alimentados y no pasar particularmente hambre no significaba que fuera menor el número de presas muertas cada día, porque el impulso de cazar es independiente del impulso de comer. Los gatos cazan por el placer de cazar. Una vez que los granjeros se percataron de esto, pudieron mantener a sus gatos cerca de la granja y reducir los daños ocasionados a sus almacenes por la plaga de roedores. Un pequeño grupo de gatos de granja bien cuidados, impide cualquier incremento en la población de roedores, y después de su llegada ya no se desarrollará una plaga importante.

Según una autoridad en la materia, el campeón en la caza de ratones fue un gato atigrado que vivía en una fábrica del Lancashire donde, en su larga vida de veintitrés años, mató más de 22 000 ratones. Esto representa casi tres por día, lo que parece una dieta razonable para un gato doméstico, que además se permitía el lujo de algún suplemento alimenticio venido de sus amigos los humanos, pero le superó con creces el campeón mundial de caza de ratas. El honor corresponde a una hembra atigrada que se ganaba su existencia en el desaparecido White City Stadium. En un período de seis años cazó no menos de 12 480 ratas, lo cual da un promedio diario de cinco a seis. Se trata de un logro formidable y resulta fácil comprender por qué los antiguos egipcios se tomaron la molestia de domesticar a los gatos y por qué el hecho de matarlos estuviese castigado por la ley con la pena de muerte.

¿Por qué los gatos ofrecen presas recién cazadas a sus dueños?

Lo hacen porque consideran a sus amos como unos cazadores rematadamente malos. Aunque, por lo general, consideran a los humanos como a seudopadres, hay ocasiones que los ven como de la familia: en otras palabras, como si fueran sus gatitos. Cuando éstos no saben capturar ni comer ratones y pajarillos, el gato les enseña. Ésa es la razón de que sean hembras castradas quienes con mayor frecuencia llevan a casa presas y ofrezcan esos regalos a sus dueños. Como se sienten incapaces de llevárselos a sus propios gatitos, encauzan este instinto hacia sus compañeros humanos.

Los dueños honrados de esta manera, con frecuencia lo reciben con horror o con enfado, especialmente si el pequeño roedor o el pájaro está aún medio vivo y removiéndose. El gato queda perplejo por completo ante esta respuesta fuera de tono. Si le regañan por su generoso acto, una vez más encuentra incomprensibles a sus amigos humanos. La reacción correcta sería alabar a la gata su generosidad maternal, tomarle la presa con muchos cumplidos y caricias y luego desembarazarse en seguida del regalito.

En condiciones naturales, una gata con una camada de gatitos les presenta a sus cachorros las presas poco a poco. Cuando cuentan siete semanas de vida, en vez de matar la presa y comerla donde la ha cazado, la gata se la lleva muerta adonde tiene guardados a sus mininos. Allí empieza a comérsela mientras ellos la contemplan. La segunda fase implica traer la presa muerta y jugar con ella antes de comerla, para que los gatitos vean cómo la golpea con las garras y la recoge. La tercera fase es traer la presa para que la coman los propios gatitos. Todavía no se aventura a traer una presa viva o medio muerta a sus gatitos, por temor a que les muerda o los ataque en caso de descuido. Sólo cuando son un poco mayores se atreverá a hacerlo, y luego será ella misma quien le dé muerte delante de los gatitos. Éstos miran y aprenden. Llegado el momento .acompañarán

a su madre en la caza y tratarán de matar las presas por sí mismos.

¿Por qué los gatos comen hierba?

La mayoría de los dueños de gatos han observado, de vez en cuando, cómo su animalito arranca largos tallos de hierba en el jardín y empieza a masticarlos y morderlos. Es sabido que los gatos que viven en apartamentos donde no hay jardines en los que ramonear, causan daños considerables en las plantas de interior, en un desesperado intento por conseguir un sustitutivo de la hierba. Aunque en raras ocasiones, ha habido gatos que incluso han enfermado por comer plantas venenosas.

Muchos expertos en gatos se han quedado intrigados ante esta conducta y algunos han admitido con franqueza que no tenían una respuesta adecuada. Otros han ofrecido una gran variedad de explicaciones. Durante muchos años, la respuesta favorita era que los gatos tomaban la hierba como laxante para ayudarse a expulsar las perturbadoras bolas de pelo alojadas en sus intestinos. Una sugerencia relacionada con esto alegaba que comían hierba para poder vomitar las bolas de pelo. Esta sugerencia se basaba en las observaciones de que los gatos, a veces, vomitan después de comer hierba, pero también pasaba por alto la posibilidad de que fuera lo que fuese lo que les sentara mal también les hacía querer comer hierba, y no que fuese el comer hierba lo que les hiciese vomitar. Una explicación menos popular era que la hierba ayudaba a los gatos en caso de inflamaciones de garganta o irritación en el estómago. Algunas autoridades sospechaban, simplemente, que esta actividad era como una forma de añadir alimento poco digerible a su dieta.

La opinión más reciente - y la explicación más probable - es que los gatos mastican hierba para conseguir cantidades mínimas de una sustancia química que no pueden conseguir en una dieta cárnica y que resulta esencial para su salud. La sustancia en cuestión es una vitamina llamada ácido fólico,

que resulta vital para los gatos porque desempeña un importante papel en la producción de hemoglobina. Si un gato es deficiente en ácido fólico sufre en su crecimiento y puede convertirse en una anemia grave. Los propietarios de gatos cuyos animales no tienen acceso a hierbas de ninguna clase, a veces resuelven el problema sembrando hierba en un macetero y haciéndola crecer en sus apartamentos para que la mastiquen sus animales de compañía.

Será bueno señalar, aunque sea de pasada, que los gatos, si bien pueden necesitar este suplemento de vegetales en sus dietas cárnicas, son primero y primordialmente carnívoros y como tales deben ser tratados. Los intentos recientes de los bienintencionados vegetarianos de dirigir a sus gatos hacia una dieta no cárnica son a un tiempo poco juiciosos y crueles. Los gatos enferman con rapidez con una dieta vegetariana y no sobreviven si ésta dura mucho tiempo. La reciente publicación de dietas vegetarianas recomendadas para gatos constituye un claro ejemplo de abuso de los animales y como tal debería tratarse.

¿Cómo emplea un gato sus bigotes?

Los bigotes son sensores que le permiten al gato saber si un hueco es lo suficientemente amplio como para pasar a través de él. Pero la respuesta es mucho más complicada y más notable. Además de su obvio papel como pelos sensibles al tacto, operan también como detectores de las corrientes de aire. Mientras el gato avanza en la oscuridad necesita maniobrar para pasar ante objetos sólidos sin tocarlos. Cada objeto al que se aproxima origina leves remolinos de aire, diminutas perturbaciones en las corrientes de aire, y los bigotes del gato son tan asombrosamente sensibles que pueden leer esos cambios en el aire y responder a la presencia de objetos sólidos sin ni siquiera tocarlos.

Los bigotes son especialmente importantes - incluso vitales - cuando el gato caza de noche. Conocemos esto por

las observaciones siguientes: un gato con bigotes en perfecto estado puede matar limpiamente tanto a la luz del día como en la oscuridad. Un gato con los bigotes deteriorados puede matar con limpieza sólo de día, en la oscuridad enfoca mal el mordisco fatal y hunde los dientes en una parte errónea del cuerpo de la presa. Esto significa que en la oscuridad, cuando es imposible la visión exacta, unos bigotes saludables son capaces de actuar como un sistema de guía altamente sensible. El gato posee una asombrosa habilidad para comprobar el contorno del cuerpo de la víctima y dirigir el mordisco al cogote del desgraciado animal. De alguna forma las puntas de los bigotes "leen" los detalles de la silueta de la presa, al igual que un ciego lee en Braille, y en un instante le dicen al gato cómo debe reaccionar. Fotografías de gatos llevando un ratón en la boca después de cazarlo revelaron que los bigotes estaban casi enrollados en torno al cuerpo del roedor, transmitiendo información al menor movimiento, por si la presa seguía aún viva. Dado que el gato es por naturaleza predominantemente un cazador nocturno, sus bigotes resultan claramente cruciales para su supervivencia.

Anatómicamente, los bigotes son unos pelos muy alargados y rígidos que tienen dos veces el grosor de los pelos ordinarios. Se hallan en el tejido del labio superior hasta una profundidad tres veces superior a la de los otros pelos y están provistos de una masa de terminaciones nerviosas que transmiten la información de cualquier contacto que realicen o cualquier cambio en la presión del aire. Como promedio, el gato tiene veinticuatro pelos en el bigote, doce a cada lado de la nariz, dispuestos en cuatro hileras horizontales. Puede moverlos hacia delante, cuando el gato investiga, amenaza o comprueba algo, y hacia atrás, cuando se halla a la defensiva o evita de forma deliberada tocar algo. Las dos hileras superiores las puede mover independientemente de las dos de abajo, y los pelos más fuertes se encuentran en la segunda y en la tercera hileras.

Científicamente, los bigotes se llaman vibrase, de las que posee un número en otras partes de su cuerpo: en las mejilla, por encima de los ojos, en el mentón y, sorprendentemente, en la parte posterior de las patas

delanteras. Todas son detectoras sensibles del movimiento, pero son los excesivamente largos bigotes los que constituyen con mucho las vibrissae más importantes, por eso cuando decimos que algo es tan importante "como los bigotes del gato", nos referimos a que se trata de una cosa más bien especial.



¿Por qué los ojos del gato relucen en la oscuridad?

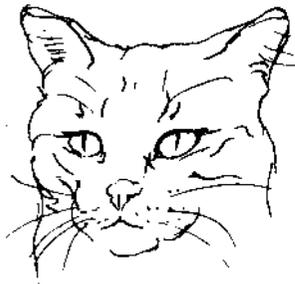
Pues porque poseen un mecanismo de ampliación de imagen en la parte posterior de los ojos. Se trata de una capa que refleja la luz llamada tapetum lucidum (que literalmente significa, "alfombra brillante"), que actúa como un espejo detrás de la retina, reflejando la luz hacia las células retinianas. Con todo esto, el gato puede utilizar la menor cantidad de luz que entra por sus ojos. Con los nuestros absorbemos mucha menos luz de la que entra en ellos. A causa de esta diferencia, los gatos localizan movimientos y objetos en la semioscuridad que resultarían por completo invisibles para nosotros.

A pesar de esta eficiente habilidad nocturna, no es cierto que los gatos pueden ver en una oscuridad total, como algunas personas parecen creer. En una noche negra como boca de lobo, pueden guiarse por el sonido, el olor y la sensibilidad de sus asombrosos bigotes, no por la vista.

¿Por qué los ojos de los gatos se contraen en una abertura vertical?

Reducir las pupilas a una raja, en vez de hacerlo a pequeños círculos, proporciona al gato un control más refinado de la cantidad de luz que entra por los ojos. Para un animal con ojos lo suficientemente sensibles como para ver con muy escasa luz es importante no deslumbrarse por la brillante luz solar, y el estrechamiento de las pupilas en estrecha raja proporciona una mayor y más exacta habilidad para reducir la cantidad de luz. La razón de que los gatos tengan aberturas verticales en vez de horizontales es que pueden usar el cierre de los párpados para reducir aún más la cantidad de luz. Con esas dos aberturas - la vertical de la pupila y la horizontal de los párpados funcionando en ángulos rectos uno respecto del otro - el ojo del felino posee la posibilidad de realizar un ajuste más delicado que cualquier otro animal, cuando se enfrentan con lo que, de otro modo, sería una luz cegadora.

La confirmación de que es la sensibilidad nocturna de los ojos del gato la que está relacionada con esa contracción vertical de las pupilas, se encuentra en la observación de que los leones, que son cazadores diurnos, poseen ojos que se contraen, como los nuestros, en puntitos circulares.



¿Pueden los gatos ver los colores?

Sí, pero más bien pobremente, ésta es la respuesta. Durante la primera mitad de nuestro siglo, los científicos estaban convencidos de que los gatos eran por completo ciegos a los colores, y una autoridad reelaboró el dicho popular de esta forma: "Tanto de día como de noche, todos los gatos son pardos." Ésta fue la actitud que prevaleció en los años cuarenta, pero durante las últimas décadas, se llevaron a cabo investigaciones más cuidadosas y ahora se sabe mejor que los gatos pueden distinguir entre ciertos colores, pero no, al parecer, con demasiada finura.

La razón de que los primeros experimentos fracasaran en revelar la existencia de la visión del color en los felinos fue porque, en pruebas de discriminación, los gatos captaron con rapidez las sutiles diferencias en el grado de grises, y se negaron a abandonar esas pistas cuando se les presentaron dos grises exactamente iguales. Por lo tanto, las pruebas dieron resultados negativos. Empleando unos métodos más sofisticados, estudios recientes han sido capaces de probar que los gatos distinguen entre el rojo y el verde, el rojo y el azul, el rojo y el gris, el verde y el azul, el verde y el gris, el azul y el gris, el amarillo y el azul, y el amarillo y el gris. Aún sigue en discusión si pueden distinguir entre otros pares de colores. Por ejemplo, una conocida autoridad en la materia cree que también pueden expresar la diferencia entre el rojo y el amarillo, pero otros no son de la misma opinión.

Sean cuales fueren los resultados finales de esas investigaciones, una cosa es segura: el color no es relevante en las vidas de los gatos, como lo es en las nuestras. Sus ojos están mucho más afinados para ver con escasa luz, donde necesitan sólo una sexta parte de la luz para captar los mismos detalles de movimiento y forma en relación a nosotros.

¿Cómo se las arregla una gata para cuidar a sus gatitos recién nacidos?

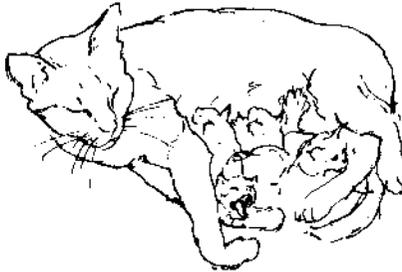
Al final del período de gestación, que dura nueve semanas, la gata preñada se inquieta y busca a su alrededor una madriguera o nido adecuados para parir a sus gatitos. Busca algo tranquilo, algo privado y seco. En casa, emanan extraños ruidos de los armarios y de los escondrijos mientras la gata comprueba la gran variedad de lugares adecuados. De repente, tras una voracidad cada vez mayor su hambre se desvanece y rehusa los alimentos, lo cual significa que el momento del nacimiento es ya inminente, que tal vez ya sólo queden unas pocas horas para el alumbramiento. En este momento desaparece y se dedica al serio asunto de traer al mundo una camada de gatitos.

Algunas gatas odian cualquier interferencia en este estadio, y las sobresalta que les presten demasiada atención. Otras - por lo general las que no han tenido demasiada intimidad en la casa - no parecen preocuparse ni en un sentido ni en otro. Las más despreocupadas se prestarán a que las trasladen a una caja especialmente preparada para el parto, con un lecho suave y cálido y de fácil accesibilidad para el ama de casa. Otras gatas rehusan tercamente los mejores lechos que se les ofrezcan y desaparecen en el armario de los zapatos o en otro lugar parecido, íntimo y oscuro.

Normalmente el parto es un proceso largo para la gata. Con una camada típica de cinco gatitos, por ejemplo, y con un intervalo típico de treinta minutos de media entre gatito y gatito, todo el proceso dura dos horas, después de las cuales tanto la gata como sus crías se encuentran exhaustos. Algunas gatas paren mucho más de prisa - a un gatito por minuto - pero se trata de algo raro. Otras pueden tardar hasta una hora entre un gatito y el siguiente, pero tampoco es corriente. El intervalo típico de más o menos media hora no es ninguna casualidad. Le proporciona a la madre el tiempo suficiente para atender a un gatito antes de que llegue el siguiente.

La atención que dedica a los recién nacidos consta de tres fases principales: eliminar el saco amniótico que recubre al gatito al salir al mundo, dedicar su atención a la limpieza de la nariz y la boca del recién nacido, permitiéndole llevar a cabo su primera respiración, y, una vez concluido este estadio crucial, limpiarlo por completo, mordiendo el cordón umbilical y comiéndoselo hasta llegar a unos dos centímetros y medio de la barriga del gatito. Deja un pequeño muñón, que acabará secándose y se caerá por sí mismo.

Luego se come la placenta, lo que le proporciona una valiosa alimentación para ayudarla en las largas horas de atención total a los gatitos durante el primer día de vida de los mininos. Después de esto, lame por completo al gatito, ayudándole a secarse el pelaje, y a continuación descansa. Pronto aparecerá la nueva cría y habrá que repetir todo el proceso. Si se cansa demasiado, al final de una camada inusualmente grande, el penúltimo y el último gatito serán ignorados y los dejará morir, pero la mayoría de las gatas son unas parteras asombrosamente buenas y no necesitan ayuda de sus dueños.



A medida que los gatitos se recuperan del trauma del nacimiento, empiezan a moverse en busca de una tetita. El primer alimento del que disfrutan es vitalmente importante porque les inmuniza contra las enfermedades. Antes de que la gata produzca una leche nutritiva, la madre segrega una primera leche llamada calostro, muy rica en anticuerpos que proporciona a los gatitos una ventaja inmediata en su futura lucha por evitar las enfermedades infantiles. También es rica en proteínas y minerales. La producción dura unos cuantos

días, antes de que la gata madre comience a producir el suministro normal de leche.

¿Cómo evitan los gatitos pelearse cuando maman de la madre?

Unos días después del nacimiento cada gatito ha desarrollado ya su apego a una teta, que reconoce con facilidad. Por asombroso que parezca, esto es posible a causa de que cada pezón tiene un olor particular. Conocemos este detalle porque si el propietario de la gata lava la región de la barriga de forma que elimine su fragancia natural, los gatitos fracasan en encontrar sus tetas favoritas. En vez de dirigirse a sus estaciones de servicio habituales, quedan desorientados por completo, reina la confusión y comienzan las peleas.

Resulta asombroso pensar que en el mundo "simple" de los jovencísimos gatitos existe un detector de olores basado en diferencias tan sutiles que les permiten catalogar cada teta con tanta claridad como las tarjetas que se ponen en las taquillas de los colegios, y que de esta forma puede compartir de una forma ordenada la hora de la comida.

¿A qué velocidad se desarrollan los gatitos?

Los gatitos al nacer son ciegos y sordos, pero tienen muy desarrollado el olfato. Son muy sensibles también al tacto y muy pronto comienzan a hurgar con el hocico en las tetas de la madre. En este estadio pesan de 60 a 120 g, el peso promedio al nacer es, más o menos, de unos 100 g y tienen una longitud de 12,5 cm.

Hacia el cuarto día, los gatitos ya han comenzado a frotar con las uñas, lo cual ayuda a estimular el flujo lácteo de la madre. Al final de la primera semana de vida muestran ya las primeras señales de jugar unos con otros. Se mueven con mayor soltura y se incorporan bien. Sea cual sea el color futuro de sus ojos, en este estadio todos los gatitos los

tienen azules, y seguirán de ese color hasta cumplir los tres meses. Los dientes de leche empiezan a salirles al alcanzar el mes de edad.

A eso de los treinta y dos días comen su primer alimento sólido, pero no se destetan hasta los dos meses. (Las gatas salvajes tardan más en destetar a sus gatitos: unos cuatro meses.) Durante su segundo mes de vida se vuelven muy animados y juguetones unos con otros. Dentro de casa, los gatitos domésticos emplearán el cajón de serrín de su madre cuando tengan mes y medio. Las luchas en broma y la caza fingida se convierten en rasgos dominantes al final del segundo mes.

A los tres meses tienen que sufrir un auténtico shock. La madre se niega a que sigan mamando. Tendrán que tomar alimentos sólidos y lamer líquidos en platitos. Muy pronto su madre tendrá de nuevo el estro y se concentrará una vez más a cortejar con los gatos del barrio.

A los cinco meses, los gatitos comienzan a olfatear las marcas de olor dentro del ámbito del hogar. A los cinco meses se les empiezan a caer sus dientes de leche, y exploran su excitante nuevo mundo de una manera menos lúdica. Existen todas las probabilidades de que su madre se encuentre de nuevo preñada, a menos que sus dueños la hayan mantenido encerrada contra su voluntad.

A los seis meses las crías son ya independientes por completo, capaces de cazar y de alimentarse por sí mismas.

¿Por qué una gata traslada sus gatitos a un nuevo nido?

Cuando los gatitos tienen entre veinte y treinta días, por lo general la madre los cambia de sitio. Cada gatito es cogido con firmeza por la piel del cogote y, con la cabeza erguida se los lleva a un nuevo alojamiento. Si tiene que transportarlos a larga distancia, la madre puede cansarse con el peso y se permitirá bajar la cabeza, y en vez de llevarlos en alto arrastrarlos. El gatito no protesta nunca y pende lacio y rígido de las mandíbulas de la madre, con la

cola enrollada entre sus patas traseras. Esta postura reduce el cuerpo del gatito al máximo y disminuye el peligro de topetazos mientras, sin ceremonias, su madre hace de porteador del viejo al nuevo nido.

En cuanto la madre llega al nuevo lugar que ha elegido, abre las mandíbulas y el gatito cae al suelo. A continuación regresa a por el próximo, y luego a por otro más, hasta transportar al último minino. Una vez los ha trasladado a todos, la gata realiza un viaje final para inspeccionar el antiguo nido, asegurándose al máximo de que nadie ha quedado atrás. Esto nos sugiere que contar no constituye una de las grandes habilidades de la gata.

Por lo general, se afirma que la operación de traslado es originada, o porque el antiguo nido ha quedado sucio o porque los gatitos ya no caben en él. Esas explicaciones parecen bastante lógicas, pero no constituyen una razón convincente. Una gata con un nido grande y limpio es igual de probable que traslade a su camada. La auténtica respuesta radica en los antepasados salvajes del gato doméstico. En el medio ambiente natural, muy lejos de la comida en lata y de los platitos de leche, la gata madre debe empezar a traer presas al nido para excitar las respuestas carnívoras de sus crías. Cuando los gatitos tienen entre treinta y cuarenta días deben empezar a comer alimentos sólidos, y es este cambio en su conducta lo que se encuentra detrás de la operación de traslado. El primer nido se elige para una máxima comodidad y seguridad. Los gatitos están tan indefensos, que necesitan protección por encima de todo. Pero durante el segundo mes de vida, después de que les hayan empezado a salir los dientes, necesitan aprender a morder y a masticar los animales de presa que les trae su madre. Por lo tanto, se necesita un segundo nido para facilitar toda esta operación. La consideración primaria se relaciona ahora con la proximidad al mejor abastecimiento alimentario, reduciendo la tarea de la madre de traer repetidamente comida a sus crías. La operación de traslado sigue teniendo lugar en los gatos domésticos - si se les da la oportunidad -, a pesar de que el problema de la comida lo eliminan los dueños por el regular sistema de llenar los platos. Se trata de una antigua pauta de conducta maternal

felina que, al igual que la caza, se resiste a desaparecer, simplemente, a pesar del regalado estilo de vida proporcionado por la domesticación.



Además de esta "pauta de renovación de la fuente alimentaria", existen muchos ejemplos de gatas que se apresuran a transportar a su camada si consideran que el lugar donde se encuentra el nido resulta peligroso. Si la curiosidad humana se hace demasiado impertinente y ni los ojos ni las manos se mantienen lejos del nido "secreto", los extraños olores humanos pueden convertirlo en una residencia poco atractiva. La gata madre empezará a buscar un nuevo nido, simplemente para tener mayor intimidad. Esta clase de traslados podrán tener lugar en cualquier estadio del ciclo materno. En las especies salvajes, las interferencias con los jóvenes en el nido pueden resultar una medida más drástica, y la madre se negará a reconocerlos como crías suyas y los abandonará e incluso se los comerá. Sucede, en efecto, que los olores extraños del cuerpo del gatito lo convierten en una "especie" extraña; en otras palabras, en una especie de presa, y la respuesta obvia ante un objeto así consiste en comérselo. Los gatos domésticos raramente responden de esta manera, porque se han acostumbrado tanto a los efluvios y olores de sus dueños, que no les clasifican como extraños: Por lo tanto, los gatitos

a los que tocan, por lo general, siguen siendo de la familia, aunque hayan adquirido unos nuevos olores.

¿Cómo aprenden a matar los gatitos?

La respuesta concreta es que no necesitan aprender a llevar a cabo la acción de matar, pero esto no basta si no reciben instrucciones de su madre. Gatitos criados por científicos, aislados de la gata, fueron capaces de matar presas cuando se les proporcionaron roedores vivos por primera vez. No obstante, no todos lo consiguieron. De cada veinte probados, sólo nueve mataron y sólo tres se comieron a sus presas. En cambio, gatitos criados en un medio ambiente en que se matan roedores, donde pueden observar las muertes, aunque no vean nunca cómo se comen la presa, tuvieron un éxito mucho mayor. Dieciocho de cada veintiuno de tales gatitos probados mataron sus presas y nueve de ellos se las comieron.

Cosa interesante, por el contrario, es que de cada dieciocho gatitos criados en compañía de roedores, sólo tres fueron más adelante capaces de matar. Los otros no pudieron entrenarse para ello al no ver matar a otros gatos. Para aquéllos, los roedores se habían convertido en algo "familiar" y ya no eran "presas". Incluso esos tres no atacaban a los roedores de la misma especie con la que se habían criado. Aunque queda claro que existe en los gatitos una pauta innata para matar, esta pauta puede quedar dañada por unas condiciones de cría fuera de lo natural.

Y a la inversa, los matadores realmente eficientes son aquellos que de pequeños presenciaron la caza y la degollina más de lo corriente. Los cazadores mejores son aquellos que, de muy jovencitos, pudieron acompañar a su madre y, de cerca, observar cómo se enfrentaba a la presa. Asimismo, desde la más tierna edad, se benefician de que la madre les traiga presas al nido para mostrárselas. Si la madre no les aporta presas a los gatitos entre la sexta y la duodécima semana de sus vidas, serán menos eficientes como cazadores en su vida posterior.

¿Por qué a veces un gatito arroja un juguete al aire cuando juega?

La escena es bastante familiar. Un gatito se cansa de perseguir una pelota y de cazarla. De repente, y sin razón aparente, mete una de sus garras bajo la pelota, la hace saltar por el aire y cruzar hacia atrás por encima de su cabeza. Mientras la pelota vuela por el aire, el gato gira sobre sí mismo y la sigue, saltando sobre ella y "matándola" de nuevo. Una leve variación es la siguiente: enfrentado con una pelota más grande, realiza el lanzamiento hacia atrás empleando las dos patas delanteras al mismo tiempo.

La interpretación más generalizada de esta conducta lúdica es que el gatito se está haciendo inventivo y astutamente inteligente. Dado que el juguete no va a volar por el aire como un pájaro vivo, el gatito "le hace cobrar vida" al hacerle subir por encima de los hombros, por lo que luego disfruta persiguiéndole como al más excitante sustituto "vivo" de una presa. Esto demuestra que el gato posee una notable capacidad para el juego creativo, al inventarse un pájaro en vuelo. Apoya esta idea el que ningún gato adulto, cuando caza pájaros, emplearía el método de dar papirotazos con las garras delanteras. Se alega que esta acción es un auténtico movimiento inventivo, reflejando la avanzada inteligencia del gatito.



Por desgracia, esta interpretación es errónea. Se basa en el desconocimiento que se tiene de los actos instintivos de caza del gato. En estado salvaje, los gatos poseen tres pautas diferentes de ataque, que dependen de si cazan ratones, pájaros o peces. Con los ratones, los persiguen, saltan, los atrapan con las patas delanteras y los muerden. Con los pájaros, los persiguen, saltan y, luego, si el pájaro sale volando por el aire, saltan detrás de él, alzando a la vez ambas patas delanteras. Si son lo suficientemente rápidos y lo atrapan con el movimiento de tenazas de sus patas delanteras, tiran hacia abajo de su presa para el mordisco fatal. Menos familiar es la forma en que los gatos cazan peces. Lo hacen tras tumbarse al acecho al borde del agua y, luego, cuando un pez imprudente nada cerca, hunden una garra rápidamente en el agua y la deslizan por debajo del cuerpo del pez, haciéndole salir fuera del agua. La dirección del salto es hacia atrás y por encima de los hombros del gato, llegando así a tierra. Mientras el desconcertado pez aterriza en la hierba detrás del gato, el cazador gira sobre sí mismo y salta. Si el pez es demasiado grande para hacerlo saltar con sólo una pata delantera, en ese caso el gato se arriesga a meter en el agua las dos patas a la vez, agarra al pez por debajo con las garras extendidas y lo hace volar hacia atrás y por encima de su cabeza.

Si esa instintiva manera de pescar es lo que simbolizan los gatitos al hacer volar la pelota, no han aprendido ni inventado nada nuevo. La razón de que todo esto haya pasado inadvertido en el pasado se debe a que muy pocas personas habían observado a los gatos cazando con éxito en estado salvaje, pero sí habían visto a sus animalitos saltar sobre los pájaros en el césped del jardín.

Un proyecto de investigación holandés pudo revelar que el hacer saltar al pez del agua, empleando el método del "papirotazo", madura sorprendentemente muy pronto y sin el beneficio de la instrucción materna. Los gatitos a los que se les permite cazar peces con regularidad, desde su quinta semana de vida en adelante, pero en ausencia de su madre, se convierten en unos estupendos pescadores cuando cumplen las siete semanas. Por lo tanto, el gatito jugueteón que arroja una pelota por encima de los hombros, realmente

no está haciendo otra cosa que lo que haría en la vida real, si creciesen en estado salvaje, cerca de una charca o cerca de un río.

¿Cuándo se hacen los gatos sexualmente maduros?

Cuando tienen cerca de un año, pero existe mucha variación al respecto. En los machos, la edad más joven registrada relativa a la madurez sexual es la de seis meses, pero esto es anormal. Los ocho meses es más bien algo precoz, el típico macho no se hace sexualmente activo hasta alcanzar una edad comprendida entre los once y los doce meses. Para los machos que viven en condiciones difíciles, puede ser más bien entre los quince y los dieciocho meses, probablemente porque han tenido menos posibilidad en la competición con otros machos.

En lo que se refiere a las hembras, el período puede ser relativamente corto, de seis a ocho meses es lo normal, pero se sabe que hembras muy jóvenes han llegado a adquirir la actividad sexual entre tres y cinco meses. Este principio tan precoz parece ser originado por las circunstancias poco naturales de la domesticación. Para una gata salvaje, resulta más normal los diez meses.

La gata salvaje europea empieza su temporada de cría en marzo. Tiene lugar un período de gestación de sesenta y tres días y los gatitos aparecen en mayo. A fines del otoño se independizan y, si sobreviven al invierno, comienzan a criar en marzo cuando tengan diez meses de edad, produciendo sus propias camadas al alcanzar el año. Para esos gatos salvajes existe una sola estación de cría al año, por lo que los machos jóvenes deberán ser pacientes y aguardar hasta la temporada siguiente para entrar en acción.

Este ciclo en la vida salvaje se debe, obviamente, al cambio estacional y a la variación en el suministro de alimentos, pero para el mimado gato doméstico no existen semejantes problemas. Con sus orejas de caza finamente

sintonizadas en el sonido metálico del abrelatas y con la calefacción central vibrando amablemente como telón de fondo, al lujuriente gato doméstico le tiene sin cuidado el ciclo anual de la Naturaleza. Como resultado de todo ello, sus secuencias de cría son menos rígidas que en su colega salvaje. Puede aparearse temprano, en la segunda mitad de enero, produciendo una camada a comienzos de abril. Dos meses después, con los gatitos destetados y despachados a nuevos hogares, empezará de nuevo con otra secuencia de cría, produciendo una segunda camada a fines de otoño. Con la pérdida de este sencillo ritmo anual, hay una amplia gama de edades, entre los jóvenes gatos domésticos, que producen las variaciones en los estadios en los que se llega a ser sexualmente activos.

Se ha informado de casos en que los gatos salvajes han tenido una segunda camada en agosto, pero se sospecha que esto sólo ocurre donde ha habido cruces entre animales salvajes y gatos domésticos asilvestrados.

¿Se reproducen muy deprisa los gatos?

Sin restricciones, una población gatuna se incrementaría en una proporción desconcertante. Esto se debería a que las gatas son madres excelentes, y porque la domesticación les lleva a triplicar, posiblemente, el número de camadas y a incrementar el número de cada una. Los gatos salvajes europeos, con su única camada al año, tienen, de promedio, de dos a cuatro gatitos, pero los domésticos pueden producir una media de cuatro a cinco en cada una de sus tres camadas anuales.

Un cálculo simple, comenzando con una única pareja de cría de gatos domésticos, y con un promedio de catorce gatitos de las tres camadas anuales, nos revelaría que, en el espacio de cinco años, habría un total de 65.536 gatos. Esto dando por supuesto que sobrevivieran todos, que machos y hembras nacieran en igual número y que todos comenzaran a criar a la edad de un año. En realidad, las hembras comienzan un poco más jóvenes, por lo que las cifras

anteriores serían aún más elevadas. Pero la realidad sería muy distinta ya que la mayoría de los gatos moriría de enfermedad o de accidente.

Esto nos da una lúgubre descripción del aspirante a ratón casero, un mundo de pesadilla con gatos en cada rincón. Pero nunca llega a materializarse porque existen suficientes dueños responsables de aplicar las correspondientes restricciones a la cría de sus animalitos domésticos, para mantener el número de gatos bajo control. La castración tanto de machos como de hembras es en la actualidad algo corriente, y se estima que más del noventa por ciento de los machos han sufrido esta operación. A las hembras a las que se les permite criar ven reducida su camada a uno o dos gatitos, y los otros infortunados son muertos sin dolor por el veterinario local. En algunas zonas existen programas inflexibles de exterminio de gatos asilvestrados y callejeros, y en algunos países, incluso, proyectos de contraceptivos orales. A la población de gatos callejeros se les dan comidas en las que se ha disuelto la "píldora". Israel, por ejemplo, alega haber impedido el nacimiento de 20 000 gatitos al año con el empleo de esta técnica.

A pesar de esos intentos, no obstante, existen aún más de un millón de gatos asilvestrados y callejeros en Gran Bretaña en el momento actual. Se ha estimado que existe medio millón sólo en la región de Londres. Además, hay entre cuatro y cinco millones de gatos domésticos, lo cual nos da una impresionante población felina de, más o menos, diez gatos por cada cien seres humanos

¿Cómo llevan a cabo los gatos el cortejo?

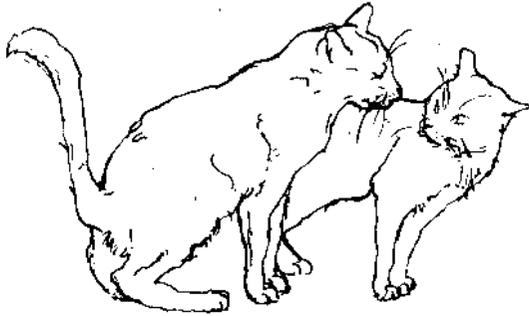
Los gatos se pasan, una buena parte del tiempo preparando el acto del apareamiento. Sus prolongadas "orgías" y promiscuidad les han dado una reputación de lascivia y lujuria durante siglos y siglos. No se trata de que el acto del apareamiento en sí sea muy largo o particularmente erótico. En realidad, todo el proceso de la cópula raramente sobrepasa los diez segundos, y a menudo

es aún más breve. Lo que otorga a los felinos su fama de lascivos es el parecido de sus reuniones sexuales con las de una pandilla de "Hell's Angels". Se ve a una hembra escupiendo, zarandeando y golpeando a los machos en un momento determinado y al instante siguiente ya está retorciéndose por el suelo. Se ve a un corro de machos, aullándose, gimiendo e increpándose unos a otros y pensamos que esperan turno para violar a la hembra.

Pero la verdad es un poco diferente. En realidad, el proceso puede durar horas, incluso días, en una continua actividad sexual, y es la hembra la que está al mando de todo lo que va sucediendo. Es ella la que marca el compás y no los machos. Éstos responden a sus especiales olores sexuales y acuden todos a su alrededor. El Tacho en cuyo territorio ha elegido la gata llevar a cabo su despliegue sexual es, inicialmente, el más favorecido, porque los otros machos de los territorios vecinos tienen miedo de invadir su terreno. Pero una gata en celo es más de lo que pueden resistir, por lo que corren el riesgo. Esto lleva a una serie de peleas de macho contra macho (y son éstas las responsables de la mayor parte del ruido, y la razón de que los maullidos y los aullidos se crean, erróneamente, que son algo sexual, cuando, en realidad, constituyen una cosa puramente agresiva). Pero el foco del interés es la hembra, esto ayuda a que se desarrollen las peleas entre machos y permite que se forme un corro de ellos en torno a la hembra.

La gata exhibe sus ronroneos y canturreos, rueda por el suelo, se frota y se retuerce para fascinar las miradas de los machos, que no se apartan de ella. Llegado el momento, uno de los machos, probablemente el dueño del territorio, se le aproxima y se sienta junto a ella. Para su desgracia se ve atacado a golpes de las aguzadas garras delanteras de la gata. Le escupe, le gruñe y el gato se retira. Cualquier macho que se le aproxime se ve pronto despedido de igual manera. La gata es la dueña de la situación y será ella la que, llegado el momento, elija qué macho se le puede aproximar de una manera más íntima. El que lo consiga puede ser el gato dominante allí presente, o no. Esto es indiferente para la gata, pero ciertas estrategias del macho le ayudarán a tener éxito. Lo más importante es avanzar

hacia ella sólo cuando la gata esté mirando hacia otro lado. En cuanto se vuelve en la dirección del macho, éste se inmoviliza, como el niño que juega al juego llamado de las "estatuas". La gata ataca cuando ve el avance en sí, y no el cuerpo inmóvil que, por arte de magia, está ahora más cerca que antes. De este modo, un gato con la suficiente precisión llega a encontrarse muy próximo a ella. Entonces el gato le brinda un extraño gorjeo gutural y, si la hembra responde escupiéndole y bufándole, el macho eventualmente se arriesgará a llegar al contacto. Comienza tomándola por el pescuezo entre sus mandíbulas, y luego la monta con cuidado. Si la gata está dispuesta a copular, aplana la parte delantera de su cuerpo y alza el trasero en el aire, torciendo la cola hacia un lado. Se trata de la postura denominada "lordosis" y representa la invitación final al macho, permitiéndole la cópula.



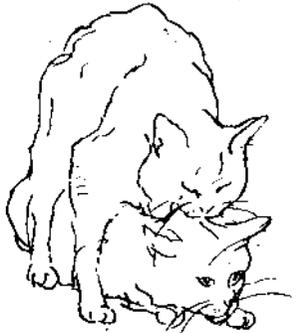
A medida que transcurre el tiempo, la "orgía" cambia de estilo. Los machos se van saciando y están menos interesados por la hembra. Ésta, por otra parte, cada vez parece más y más lujuriosa. Tras haber conocido a un macho tras otro en unos intervalos relativamente breves, de tal vez varios días, cabría imaginar que habría quedado saciada, pero no es así. Mientras persista un ápice de su período de celo querrá aparearse, y ahora los machos deberán ser alentados. En lugar de jugar, debe trabajarles bien para suscitar su interés. Lo hace con un buen muestrario de gorjeos, roces y, en especial, revolcándose por los suelos. Los machos siguen sentados

observándola, y de vez en cuando consiguen mostrar el suficiente entusiasmo para montarla una vez más. Llegado el momento todo habrá acabado, y las probabilidades de que una gata regrese a casa sin haber sido fertilizada tras unos acontecimientos semejantes son altamente remotas.

¿Por qué el gato agarra a la hembra por el cogote cuando copulan?

A primera vista parece una exhibición más de la brutalidad del macho, como el hombre de las cavernas de los dibujos animados - que agarra a su compañera por el cabello y la arrastra hasta su cueva. Pero nada puede hallarse más lejos de la verdad. En asuntos sexuales en lo que a los gatos se refiere es la hembra, y no el macho, quien domina. Los machos luchan salvajemente entre sí, pero cuando se hallan excitados sexualmente e intentan copular con la hembra se hallan muy lejos de ser los que mandan. Es ella la que golpea y ataca a los machos. El mordisco en el pescuezo parece algo salvaje, pero, en realidad, constituye un truco desesperado del macho para protegerse de posteriores ataques. Esta protección es de una clase especial. No se trata de sujetarla a la fuerza para que no pueda volverse y atacarle. Es demasiado fuerte para ello. Constituye más bien un "truco de conducta" ejecutado por el macho. Todos los gatos, ya sean machos o hembras, presentan una respuesta peculiar al ser agarrados con fuerza por el cogote, que procede de sus días de infancia. Poseen una reacción automática al verse sujetados así por su madre. La gata lo emplea cuando transporta a los gatitos de un lugar poco seguro a otro. Resulta crucialmente importante que los mininos no forcejeen en tales ocasiones, por estar en juego sus propias vidas. Por lo tanto, los felinos han evolucionado una reacción de "inmovilización" cuando les cogen por la piel del cogote, una respuesta que exige permanecer quietos y no forcejear. Esto ayuda a la madre en su difícil tarea de poner la camada a salvo. Al crecer, los gatos nunca pierden por completo esta respuesta, como

puede comprobar usted mismo con un gato 1 adulto agarrándolo con fuerza por la piel del cogote. Inmediatamente deja de moverse, se queda inmóvil bajo el pinzamiento durante algún tiempo, y sólo más tarde se pone inquieto. Si se le sujeta con fuerza por cualquier otra parte del cuerpo, la inquietud se presenta con más rapidez, o de forma instantánea. Esta "reacción de inmovilización" es el truco que los gatos emplean para sus hembras potencialmente salvajes. Las hembras son tan propensas a emplear las garras que los *Machos necesitan emplear un truco así. Mientras cuelgan de sus dientes, tienen la posibilidad de que las hembras se transformen en impotentes "gatitos colgando aún de las mandíbulas maternas". Sin ese truco de conducta el macho regresaría a casa con más cicatrices que de costumbre.



¿Por qué la hembra grita durante el acto del apareamiento?

Acabado el breve acto de la cópula, que dura sólo unos cuantos segundos, la hembra se da la vuelta y le ataca al macho, arañándole salvajemente con las garras y gritándole. Cuando retira su pene y desmonta, debe apartarse con rapidez si no quiere que la gata le hiera. La razón de esta salvaje reacción en este punto es fácil de comprender si se examinan fotografías al microscopio de su

méntula. A diferencia de los suaves penes de tantos otros mamíferos, el miembro del gato está cubierto por unas espinas cortas y aguzadas, todas apuntando hacia un lado. Esto significa que el pene puede introducirse con bastante facilidad, pero al retirarlo raspa brutalmente las paredes de la vagina de la hembra. Esto causa un espasmo de intenso dolor, y es a éste al que reacciona la gata con tanta furia. Naturalmente, el macho atacado no tiene elección en este asunto, no puede ajustar las espinas, aunque desee hacerlo. Están fijas y, lo que es más, cuanto más viril es, más recias son las espinas. Por lo tanto, cuanto más potente es el gato más dolor causa a la hembra.

Esto puede sonar a desarrollo sadomasoquista en las relaciones de los felinos, pero existe una razón biológica especial para ello. La mujer que fracasa no quedando embarazada, ovula a intervalos regulares, sin tener en cuenta si ha copulado o no. Las vírgenes ovulan mes tras mes, pero éste no es el caso de los felinos. Una gata virgen no ovula en absoluto. Las gatas sólo ovulan después de haber sido cubiertas por el macho. Esto lleva algún tiempo - de veinticinco a treinta horas -, pero no importa, porque el intenso período de celo dura, por lo menos, tres días, por tanto la gata está aún activamente copulando cuando se presenta la ovulación, desencadenada precisamente por el intenso dolor y el shock que la gata siente cuando su primer pretendiente retira el pene espinoso. Este violento momento actúa como el disparo de una pistola que pone en funcionamiento su sistema hormonal de reproducción.



En cierto modo, no se aleja mucho de la verdad el llamar a una gata en celo "masoquista" porque, al cabo de treinta minutos de haber sido lastimada por el pene del primer macho, se muestra igualmente interesada en el sexo y dispuesta a ser copulada una vez más, con una repetida interpretación del grito y de la reacción de querer arañar. Teniendo en cuenta lo mucho que han debido lastimarla las espinas del pene, resulta claro que, en un contexto sexual, constituye una clase de dolor que no produce la usual respuesta negativa.

¿Por qué parece que los gatos tienen una risa burlona?

Bastante a menudo se ve a un gato detenerse y luego adoptar una curiosa expresión de sarcasmo, como si estuviese enfadado con alguien. La primera vez que se observó esta reacción fue denominada "expresión de desagrado" y se describió como que el gato "apuntaba hacia arriba con la nariz" ante un olor, desagradable, como la orina depositada por un gato rival.

Hoy se sabe que esta interpretación constituye un error. La verdad es casi por completo la contraria. Cuando el gato efectúa esa extraña mueca, conocida técnicamente como respuesta flehmen, en realidad está apreciando al máximo una deliciosa fragancia. Sabemos esto porque las pruebas han demostrado que la orina de las gatas en fuerte estado de celo produce poderosas muecas en los machos, mientras que las hembras que no se encuentran en estado de celo provocan una reacción mucho más débil.

La respuesta implica los siguientes elementos: el gato se detiene sobre sus pasos, alza la cabeza levemente, levanta su labio superior y abre la boca un poco. En el interior de la boca semiabierta es posible ver que la lengua aletea o lame la bóveda bucal. El gato olisquea y da la impresión de estar en trance durante unos momentos. Durante este tiempo retarda el ritmo de su respiración, o puede incluso contenerla durante unos segundos, tras husmear el aire.

Todo el tiempo mira fijamente ante sí como en una especie de ensoñación.

Si esta conducta pudiera relacionarse con la de un hombre hambriento inhalando los embriagadores olores que emanan de una buena cocina, no se hallaría muy lejos de la verdad, pero existe una importante diferencia. En lo que se refiere al gato, está empleando un órgano sensorial del que nosotros carecemos, por desgracia. El sexto sentido de los gatos se encuentra en una pequeña estructura situada en la bóveda de la boca. Se trata de una abertura tubular situada exactamente detrás de los dientes incisivos superiores. Conocido con el nombre de vomeronasal, u órgano de Jacobsen, tiene poco más de un centímetro de longitud y es en extremo sensible a los productos químicos transportados por el aire. Puede describirse mejor como un órgano del sabor y del olfato y es en extremo importante para los gatos para interpretar las noticias odoríferas depositadas alrededor de su territorio. Durante la evolución humana, cada vez más dominados por las informaciones visuales en el cerebro perdimos el uso de nuestro órgano de Jacobsen, del que sólo quedan unas leves trazas, pero en lo que se refiere a los gatos es algo de gran significación y explica la extraña expresión esnob que adoptan, de vez en cuando, cuando salen a dar su acostumbrado paseo.

¿Cómo consigue el gato caer siempre de pie?

Aunque los gatos son unos excelentes trepadores, de vez en cuando se caen. Cuando esto sucede entra instantáneamente en acción un especial "reflejo de enderezamiento". Sin él el gato podría romperse con facilidad el lomo.

Cuando comienza a caer, patas arriba, comienza una reacción automática de giro en el extremo de la cabeza. Ésta gira primero, hasta ponerse en posición normal, luego lleva las patas delanteras cerca de la cabeza, preparadas para protegerla del impacto. (Un golpe en el mentón contra el suelo podría llegar a resultar particularmente grave.) A

continuación la parte superior de la espina dorsal se tuerce, consiguiendo que la mitad delantera del cuerpo se ponga en línea con la cabeza. Finalmente, las patas traseras se inclinan, hasta tener los cuatro miembros dispuestos para el aterrizaje y, cuando esto ocurre, el gato gira toda la parte trasera de su cuerpo para adecuarse a la parte delantera. Por último, cuando ya está a punto de tomar contacto con el suelo, estira las cuatro patas y arquea el lomo, como para reducir la fuerza del impacto.

Mientras tiene lugar este giro del cuerpo, imprime a la rígida cola un movimiento rotatorio como el de una hélice, actuando como mecanismo de contrapeso. Todo esto ocurre en una fracción de segundo y requiere cámara lenta para analizar estos rápidos estadios de la respuesta de enderezamiento.

¿Cómo se comportan los gatos cuando envejecen?

Muchos propietarios no consiguen darse cuenta de que sus gatos han alcanzado una "edad provecta". Esto se debe a que la senilidad tiene pocos efectos sobre el apetito felino. En realidad, continúan comiendo con apetito y con su vigor acostumbrado, como si fuesen aún "jóvenes". Pero existen ciertos signos evidenciadores del envejecimiento. El salto y el acicalamiento son las primeras acciones en que se nota. El envejecimiento origina que las coyunturas se vuelvan rígidas, lo que conlleva movimientos más lentos. El saltar a una silla o a una mesa se hace cada vez más dificultoso. En realidad, los gatos viejos necesitan que les levanten y les depositen en su sillón favorito. En cuanto se pierde la agilidad propia del flexible cuerpo de los gatos jóvenes, también le resulta cada vez más difícil torcer el cuello para acicalarse las partes más inaccesibles de su pelaje, áreas que comienzan a tener aspecto de desaliño. En este estadio, constituye una gran ayuda un cariñoso acicalamiento por parte del dueño del animal, aunque el gato en cuestión no

hubiera requerido de cepillados y peinados en sus días más jóvenes.

A medida que el cuerpo del gato envejecido se vuelve más rígido, ocurre lo mismo con sus costumbres. La rutina diaria se convierte en más inflexible y las novedades son ahora perturbadoras, aunque antaño le suscitaban mayor interés. La idea de comprar un gatito para alegrar a un gato viejo, simplemente no funciona. Lo único que ocurre es que altera el ritmo diario del animal ya de edad. El mudarle de casa es aún más traumático. La forma más amable de tratar a un gato envejecido es, por lo tanto, conservar lo más posible la bien establecida pauta de la jornada, pero con un poco de ayuda física cuando sea necesario.

La vida de puertas afuera de un gato de edad está plagada de peligros. Ha llegado a un punto en que las disputas con los rivales más jóvenes casi siempre terminan con una derrota para él, por lo que debe vigilarse de cerca cualquier posible persecución.

Afortunadamente, esos cambios no ocurren hasta la última etapa de la vida de la mayor parte de los gatos. Los seres humanos sufren de "envejecimiento", más o menos, en el último tercio de su existencia, pero en los gatos este período sólo se circunscribe a la última décima parte de su vida. Por lo tanto, sus años de achaques son misericordiosamente breves. La vida media se considera de unos diez años. Algunas autoridades en la materia lo hacen subir un poco, a unos doce años, pero resulta imposible ser exactos porque las condiciones del cuidado de los gatos varían mucho. La guía más exacta consiste en afirmar que un gato doméstico vive entre nueve y quince años, y sólo sufre de declive senil, más o menos, el último año de su existencia.

Se han producido muchas discusiones acerca de hasta cuánto alcanza la longevidad de un gato doméstico. Con algunas asombrosas alegaciones, la máxima longevidad de la que se tiene noticia ha puesto el listón tan alto como los cuarenta y tres años. La existencia más longeva hasta ahora registrada ha sido la de treinta y seis años para un gato atigrado llamado Puss, que vivió de 1903 a 1939. Esto es excepcional y en extremo raro. Unos intentos serios, tanto

en Gran Bretaña como en Estados Unidos, para localizar gatos de más de veinte años, no han conseguido más que un puñado de casos fiables.

Una de las razones de que sea difícil tener buenos registros de gatos de prolongadas vidas radica en que los detalles más cuidadosamente observados se refieren siempre a los animales de pura raza, que tienen una vida mucho más breve que los de razas cruzadas o mestizas. Esto se debe a que los preciados y cuidadosamente registrados gatos de pura raza sufren de consanguinidad, que es, algo que acorta sus vidas. El gato callejero de "mala raza", en comparación, disfruta de lo que se llama "vigor híbrido", el mejorado vigor físico producido por el cruce de razas. Por desgracia, tales gatos tienen muchos menos cuidados en la mayoría de los casos, por lo que, a su vez, sufren más de peleas, descuidos y de una dieta irregular. Y esto acorta su existencia. El gato con una longevidad récord es, por lo tanto, más probable que sea uno con un pedigrí más dudoso, pero más amado y protegido. Para un animal así, no constituye un objetivo improbable llegar a los quince o veinte años.

Uno de los rasgos más extraños de la longevidad del gato es que sobrepasa con mucho la de los perros. El récord para un perro es de veintinueve años, siete años menos que el gato de una existencia más larga. Teniendo en cuenta que los animales más grandes viven más que los más pequeños, las cifras deberían invertirse, y los gatos, para su tamaño, lo hacen por lo general muy bien. Existe una compensación para los gatos que sufren la castración, puesto que los machos castrados tienen un período vital más largo que los enteros. Las razones, al parecer, radican en que se hallan implicados en unas lesiones menos dañosas con los rivales, y también en que, por alguna causa, resultan más resistentes a la infección. Un cuidadoso estudio reveló que un gato castrado podía esperar un promedio de vida de cuatro años más que los no castrados.

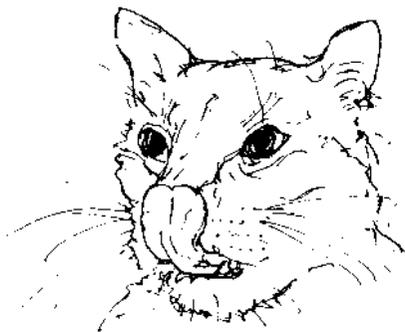
¿Por qué un gato se lame la boca no estando sediento?

Un rápido toque de la lengua a los labios es una de las señales más conocidas de que un gato empieza a encontrarse agitado, pero, al mismo tiempo, que se halla fascinado o intrigado por algo. Sin perder ojo a la fuente de su agitación, el gato da la impresión de que, de un modo repentino e inexplicable, ha desarrollado la urgente necesidad de limpiarse el hocico o el pelaje alrededor de la boca. Pero aquí no existe la menor suciedad. La limpieza no es funcional, no se sigue la pauta habitual que se ve después de las comidas o durante una sesión normal de acicalamiento. Los lametones son cortos y fuertes, un rápido barrido de la lengua, pero no de la manera acostumbrada cuando de asearse se trata, equivale al gesto del hombre que se rasca la cabeza cuando se encuentra perplejo o irritado.

Las reacciones de este tipo se llaman "actividades de desplazamiento". Tienen lugar cuando el gato cae en un estado de conflicto. Si sucede algo que le trastorna pero, al mismo tiempo, suscita su curiosidad, algo que simultáneamente le repele y le atrae. Entonces se queda sentado, deseando irse y al mismo tiempo quedarse. Mira lo que le irrita e, incapaz de resolver su conflicto, muestra su agitación realizando alguna acción trivial y abreviada, cualquier cosa para romper la paralización en que se encuentra. Diferentes especies responden de modos distintos. Unos se mordisquean las garras, otros se rascan detrás de la oreja con las patas traseras, las aves se limpian el pico en una rama, los chimpancés se rascan los brazos o el mentón, los felinos prefieren dar lametones.

Existe una forma inofensiva de comprobar todo esto. A los gatos no les gustan los ruidos producidos por vibraciones, pero también les intriga lo que produce semejantes sonidos. Una moneda frotada a lo largo de las púas de un peine corriente produce sonidos de este tipo. Casi todos los gatos, al oír el sonido tipo brrrr producido por esta acción, se quedan mirando el peine que uno tiene en la

mano y luego, al cabo de unos segundos, empiezan a lamerse los labios. Si el sonido continúa, el animal puede decidir, llegado el caso, que ya tiene bastante y se levanta y se aleja. Sorprendentemente, esto también funciona tanto en los grandes como en los pequeños gatos atigrados. A veces el lamerse los labios da paso a un violento estornudo y en ocasiones a un gran bostezo. Estos actos parecen constituir "actividades de desplazamiento" felinas alternativas, pero son menos frecuentes que el lamerse los labios.



El porqué un gato se irrita tanto por un sonido vibratorio es algo que constituye un misterio, a menos que, durante el transcurso de la evolución felina, llegase a representar a un animal nocivo, algo inconveniente de atacar como presa. Un ejemplo que viene a la mente es el tintineo de una serpiente de cascabel. Los gatos tal vez tengan una respuesta automática de alarma ante tales animales, y esto puede estar relacionado con el hecho de que queden alterados y, al mismo tiempo, intriguados.

¿Por qué los gatos reaccionan tan vigorosamente a la nébeda?

O en otras palabras, ¿por qué son drogadictos? La nébeda, de la familia de la menta, contiene un aceite llamado hepetalactona, una lactona no saturada que

representa para algunos gatos lo que la marihuana a ciertas personas. Cuando los gatos encuentran esta planta en un jardín, emprenden un "viaje" de diez minutos durante el cual parecen entrar en un estado de éxtasis. Esta es una interpretación en cierta forma antropomórfica porque no tenemos la menor idea de lo que ocurre en el interior del cerebro del gato, pero cualquiera que haya observado la fuerte reacción de la nébeda sabrá hasta qué punto el animal parece encontrarse en trance y drogado. Todos los felinos reaccionan de esta forma, incluso los leones, pero no todos los gatos lo hacen así. Hay algunos que no realizan el "viaje", se sabe que la diferencia es genética. Un gato o es drogadicto innato o no. El condicionamiento no tiene nada que ver con esto. Digamos de pasada que los gatos de poca edad nunca "viajan". Durante los dos primeros meses de vida todos los gatitos evitan la nébeda, la reacción positiva no aparece hasta que tienen tres meses.

Luego se dividen en dos grupos: los que durante mucho tiempo no evitan la nébeda, sino que, simplemente, la ignoran y la consideran como otra planta del jardín, y los que se vuelven locos en cuanto entran en contacto con ella. Esta división es aproximadamente del cincuenta por ciento, con una ligera inclinación hacia el grupo positivo.

La reacción positiva adopta la siguiente forma: el gato se aproxima a la planta y la huele; luego, con creciente frenesí, empieza a lamerla, la muerde, la mastica, se frota repetidamente contra ella con la mejilla y el mentón, sacude la cabeza, se refriega el cuerpo, ronronea, gruñe, maúlla, rueda sobre sí mismo e incluso salta en el aire. También se ha observado el lavado y el rascado con las zarpas. Incluso el más reservado de los gatos parece por completo desinhibido por los productos químicos de la nébeda.

Dado que la conducta de rodar sobre sí mismo que se observa durante el estado de seudotrance es similar a las acciones corporales de las hembras durante el estro, se ha sugerido que la nébeda es una especie de afrodisíaco felino. Esto no resulta particularmente convincente, porque el cincuenta por ciento de los gatos que muestran la reacción completa incluye tanto a machos como a hembras, y tanto a los animales enteros como a los castrados. Por lo tanto, no

parece tratarse de un "viaje sexual", sino más bien un "viaje" de droga, que produce estados similares de éxtasis a los experimentados durante el clímax de la actividad sexual.

Los gatos drogadictos son afortunados. A diferencia de tantas drogas humanas, la nébeda no produce perjuicios irreparables y, tras diez minutos, la experiencia termina y el gato regresa a la normalidad sin ningún efecto secundario.



La nébeda (*Nepeta cataria*) no es la única planta que produce estas extrañas reacciones en los gatos. La valeriana (*Valeriana officinalis*) es otra, y existen varias más que ofrecen un fuerte atractivo para los gatos. El descubrimiento más extraño, que parece carecer en absoluto de sentido, es que, si se administra a los gatos por vía interna, la nébeda y la valeriana obran como tranquilizantes. Sigue siendo un misterio cómo pueden actuar de "euforizantes" por vía externa, y de "antiansiolíticos" por vía interna.

¿Cómo se las apaña el gato para encontrar el camino de vuelta a casa?

En distancias cortas, porque cada gato posee una excelente memoria visual, y ayudado, cuando se halla cerca de su casa, por los olores familiares. Pero, ¿cómo se las arregla un gato para emprender la dirección correcta de

vuelta cuando, de forma deliberada, se ha alejado varios kilómetros de su hogar?

En primer lugar, ¿de verdad puede realizar algo así? Hace años, un zoólogo alemán pidió prestados unos cuantos gatos a sus dueños, residentes en la ciudad de Kiel. Los encerró dentro de unas cajas y se fue en coche con ellos a dar vueltas y más vueltas por la ciudad, emprendiendo una completa y zigzagueante ruta a fin de confundirlos todo cuanto fuese posible. Luego se alejó varios kilómetros de la ciudad, hasta llegar a un campo en el que había instalado un laberinto. Éste tenía un área central cubierta, con veinticuatro pasadizos que salían de él. Mirados desde arriba, los pasadizos se abrían radialmente como los puntos de la brújula, a intervalos de quince grados. Todo el laberinto estaba cerrado, por lo que no podía penetrar ni la luz del sol ni de las estrellas, que pudieran dar unas pistas tipo navegación a los gatos. Luego, se colocó a cada uno de ellos por turno en el laberinto, allí se les permitía vagar hasta que encontraran un pasadizo que daba a la salida. En un número significativo de casos, los gatos seleccionaban el pasaje que apuntaba en línea recta hacia su casa.

Cuando se informó de esos descubrimientos por primera vez en una conferencia internacional, la mayoría de los que estábamos presentes nos sentimos escépticos en extremo. Las pruebas se habían llevado a cabo de forma rigurosa, pero los resultados eran tan excepcionalmente asombrosos en favor de la sensibilidad de los gatos que la encontrábamos difícil de aceptar. Sospechábamos que debía de existir un fallo en el método experimental. El punto más débil, obviamente, radicaba en aceptar la posibilidad de un mapa de la memoria. Tal vez los gatos podían sintetizar con las tolerancias y correcciones pertinentes todas las vueltas y revueltas que la furgoneta había realizado por la ciudad, ya que durante toda la jornada no habían efectuado otra cosa que recalcular la dirección hacia su hogar base.

Esta duda quedó eliminada por algunas otras pruebas con gatos en Estados Unidos. Allí, a éstos se les dio droga en la comida antes del viaje, por lo que permanecieron en un profundo sueño durante todo el día. Cuando llegaron, se les

despertó por completo, y comenzaron las pruebas. De forma asombrosa, supieron regresar a su casa.

Desde entonces se han llevado a cabo muchas otras pruebas con gran variedad de animales, y en la actualidad se encuentra más allá de toda duda el que muchas especies, incluyendo al hombre, poseen una extraordinaria sensibilidad respecto del campo magnético terrestre que les capacita (y a nosotros) para encontrar el camino de regreso a casa sin ninguna clase de pista visual. La técnica experimental que lo confirmó fue una en que se les colocó a los individuos objeto de la prueba unos poderosos imanes. Con ellos perdieron su capacidad de encontrar el camino de regreso a casa.



Estamos aún aprendiendo exactamente cómo funciona este mecanismo del camino de vuelta a casa. Parece probable que las partículas de hierro, que se presentan de una manera natural en los tejidos animales, constituyen la pista vital, dando a estos individuos que saben volver a casa una brújula biológica innata. Pero, naturalmente, existen muchas cosas más aún por descubrir.

Por lo menos, podemos aceptar ahora algunas de esas increíbles historias de regreso a casa que se han contado en el pasado. En un principio, se las consideró anécdotas en extremo exageradas, o casos de identidad errónea, pero

ahora pueden tratarse con seriedad. En la actualidad, ya no nos podemos burlar de las historias de gatos que recorren vanos centenares de kilómetros de regreso de una casa nueva a la antigua, tardando varias semanas en efectuar el viaje.

¿Pueden predecir los gatos los terremotos?

La respuesta es que sí, que pueden hacerlo, pero aún no estamos seguros de cómo lo consiguen. Tal vez sean sensibles a las vibraciones de la Tierra aunque éstas sean tan débiles que nuestros instrumentos fallan en detectarlas. Se sabe que los terremotos tienen un comienzo gradual, en vez de un temblor repentino y masivo. Es posible que los gatos posean un sistema de alarma por adelantado.

Una segunda posibilidad es que sean sensibles al dramático incremento de la electricidad estática que, al parecer, precede a los terremotos. En los seres humanos existe una respuesta a estos cambios, pero es más bien vaga y no específica. Hablamos de tensión o de vértigos en casos así, pero no podemos distinguir esas sensaciones de las que sufrimos en días de tensión en el trabajo, o cuando pillamos un resfriado. Por lo tanto, no sabemos leer las señales de manera exacta. Pero existen todas las posibilidades de que los gatos sí puedan.

Una tercera explicación considera a los gatos como increíblemente sensibles a los súbitos cambios en el campo magnético terrestre. Variaciones de este tipo acompañan a los terremotos. Tal vez las tres reacciones se presentan al mismo tiempo detectar los temblores débiles, la actividad electrostática y la agitación magnética. Una cosa es segura, que los gatos se muestran cada vez más intensamente agitados antes de empezar los terremotos de gran intensidad. Los dueños de gatos que saben interpretar el miedo de sus animalitos tal vez les deban la vida. En muchos casos se ha observado que, de improviso, los gatos corren por la casa desesperados por escapar. Una vez se le abre la puerta, se apartan de los edificios poseídos por el

pánico. Algunas hembras incluso van y vuelven llevando a sus gatitos a lugar seguro. Luego, horas después, tiene lugar el terremoto que arrasa los edificios. Se ha informado de todo esto una y otra vez en las zonas más vulnerables a los terremotos, y en la actualidad están en marcha investigaciones muy serias para analizar con precisión qué señales reciben los gatos.

Respuestas similares se han registrado cuando los gatos han predicho erupciones volcánicas o tormentas con gran aparato eléctrico. A causa de su excepcional sensibilidad, con frecuencia se les ha atribuido ingenuamente poderes sobrenaturales. En la época medieval esto fue frecuentemente su perdición, muchos gatos encontraron una muerte horrible, quemados a manos de los cristianos supersticiosos, a causa de que parecían poseídos por un "conocimiento sobrenatural"..

El que ahora sepamos que este conocimiento es por completo natural, no le quita mérito.

¿Por qué hablamos de siesta de gato?

Porque los gatos se permiten breves períodos de sueño ligero con mucha frecuencia. En realidad, estas breves siestecitas son tan comunes en los gatos y tan raras en los seres humanos sanos, que no resulta una exageración decir que gatos y personas tienen, fundamentalmente, una pauta diferente de sueño. A menos que los adultos hayan pasado en vela parte de la noche, o estén enfermos, o sean muy ancianos, no se permiten estos breves sueños fuera de hora. Limitan su tiempo de dormir a un solo y prolongado período de, aproximadamente, ocho horas cada noche. En comparación, los gatos son unos superdormilones y, en un plazo de veinticuatro horas, se pasan durmiendo unas dieciséis, es decir, el doble del período humano. Esto significa que un gato de nueve años, que se aproxima ya al final de su vida, habrá estado sólo despierto durante un total de tres años. Éste no es el caso de la mayoría de los otros mamíferos, que coloca al gato en una categoría

especial: la de un asesino refinado. El gato es tan eficiente en conseguir sus alimentos altamente nutritivos, que le sobra el tiempo para dedicarse al ocio empleando este tiempo en dormir y, aparentemente, en soñar. Otros carnívoros, como los perros y las mangostas, gastan mucho más tiempo dando vueltas de acá para allá, buscando y persiguiendo. El gato se sienta y espera, anda un poco, mata y come, y luego se adormece como un gourmet bien saciado. Cabe decir que nadie se queda dormido tan de prisa como un gato.¹



Existen tres tipos de sueño felino: la siesta corta, el sueño ligero, algo más largo y el sueño profundo. El sueño ligero y el sueño profundo se alternan en turnos característicos. Cuando el animal se echa para dormir una siestecita, flota en una fase de sueño ligero que dura media hora. Luego coge un sueño más pesado y, de seis a siete minutos, experimenta un sueño profundo. Luego vuelve a otra fase de treinta minutos de sueño ligero, y sigue así hasta que, llegado el caso, se despierta. Durante los períodos de sueño profundo el cuerpo del gato se relaja tanto que se tumba de lado, y éste es el momento en que parece estar soñando, con frecuentes retorcimientos y vibraciones de las orejas, garras y cola. La boca puede efectuar movimientos de succión e incluso se presentan ocasionales vocalizaciones, junto a ronroneos y murmullos en general. También se producen explosiones de

¹ En inglés, la expresión siesta de gato es algo más directa que en español, puesto que existe la palabra que la define (catnap) que tanto significa literalmente lo que hemos dicho, como también «sueño breve» en general. (N. del T.)

movimientos rápidos de los ojos, pero, mientras tanto, el resto del cuerpo del gato permanece inmóvil y totalmente relajado. Al principio de su vida, cuando es un gatito muy joven, en su primer mes, experimenta sólo este tipo de sueño profundo, que dura un total de unas doce horas de cada veinticuatro. Tras el primer mes, los gatitos cambian con rapidez a la pauta de los adultos.

¿Por qué los dueños de gatos tienen mayor salud que las demás personas?

Puede parecer una pregunta extraña, pero existen pruebas evidentes que demuestran que poseer un gato es bueno para nuestra salud. Y eso representa un respiro para los hostigados dueños de animales domésticos, a los que tanto se les critica hoy por echar a perder el medio ambiente con sus animales”, al saber que los grupos de presión antianimales domésticos morirán, probablemente, más jóvenes que ellos.

Existen dos razones para pensar así. En primer lugar, es sabido que el amistoso contacto físico con los gatos reduce de manera muy notoria el estrés en las personas que les acompañan. La relación entre hombre y gato es conmovedora en el sentido de reciprocidad de la palabra. El gato se frota contra el cuerpo de su amo, y el dueño acaricia y alisa el pelaje del gato. Si a estos dueños se les somete en el laboratorio a pruebas para comprobar sus respuestas fisiológicas, se descubre que sus sistemas corporales se hacen marcadamente más calmosos al efectuar el acto de acariciar a los gatos. Su tensión se apacigua y sus cuerpos se relajan. Esta forma de terapia felina no es fruto de la imaginación de algún académico con exceso de entusiasmo. Se ha demostrado en la práctica en un número de casos agudos, que mejoraron algunos pacientes mentales de una forma asombrosa, tras permitírseles la compañía de gatos domésticos.

Más de una vez nos relajamos por la simple y honesta relación con el gato. Ésta es la segunda razón que prueba el

benéfico impacto del felino sobre el ser humano. No se trata sólo del toque, por importante que éste pueda ser. Es también asunto de relación psicológica, de una clase que carece de las complejidades, traiciones y contradicciones de las acciones humanas. Todos quedamos marcados por ciertas relaciones humanas de vez en cuando, algunos de manera más aguda, otros de forma más somera. A los que les hayan quedado graves cicatrices mentales puede resultarles difícil creer de nuevo en alguien. Para ellos, un nexo con un gato puede proporcionar recompensas tan grandes que hasta les devolverá la fe en las relaciones humanas, destruirá su cinismo y su suspicacia, y curará a la vez sus cicatrices ocultas. En Estados Unidos, un estudio reciente ha revelado que, para aquellos cuyo estrés les había conducido a trastornos cardíacos, el poseer un gato pudo marcar, literalmente, la diferencia entre la vida y la muerte, reduciendo la presión sanguínea y sosegando un corazón muy sobrecargado.

¿Por qué a una gata se le llama reina?

Porque cuando está en celo es la que reina sobre todos los gatos. Los machos se reúnen a su alrededor como un corro de cortesanos, se aproximan a una reina con gran reverencia, y a menudo los castiga con modales puramente, autocráticos.

¿Por qué, en inglés, a un gato macho se le llama tom?

Se le llama así, exactamente, desde 1760, año en que se publicó un relato anónimo titulado Vida y aventuras de un gato. En él el "gato conquistador", como fue luego conocido el macho, recibía el nombre de "Tom el gato". El relato gozó de gran popularidad, y no pasó mucho tiempo antes de que, en Inglaterra, para referirse a un gato macho se empezase a

emplear la palabra Tom, y así sigue popularmente, en el idioma inglés, después de doscientos años.

¿Por qué a un burdel se le llama "casa de gatitas"?

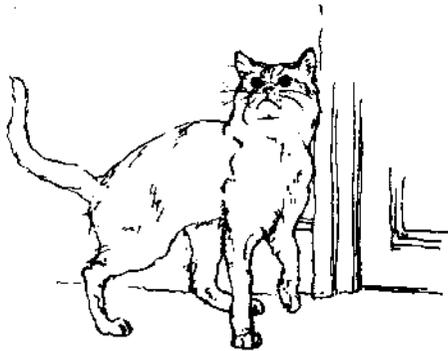
A las prostitutas se les ha llamado gatas desde el siglo XV, por la sencilla razón de que la gata urbana atrae a muchos gatos cuando está en celo, y se aparea con ellos uno tras de otro. Ya en 1401 a los hombres se les prevenía de los riesgos de perseguir a la *cattis tailis*, o cola de la gata. Esto explica también por qué la palabra "cola" posee connotaciones sexuales. Lo mismo puede decirse de otras variantes como gatita, minina, gataza.

¿Por qué en inglés el refrán "descubrir el pastel" se llama *let the cat out of the bag* (sacar el gato de la bolsa)?

El origen de esta frase se remonta al siglo XVIII, y se refería a un truco que se empleaba en el mercado. Los cochinitillos se llevaban a menudo al mercado dentro de un saco, o bolsa, para venderlos. El pícaro colocaba un gato en una bolsa y hacía ver que se trataba de un lechón. Si el comprador insistía en verlo, se le decía que era arriesgado abrir la bolsa, porque el animal se escaparía. Si el gato se meneaba tanto que el timador no tenía otro remedio que dejar escapar el gato, su secreto quedaba expuesto a la luz pública, y se descubría el pastel, como se expresa en español.

¿Por qué se dice "gato con guantes no caza ratones"?

Originariamente se trató de una referencia a lo impotente que se podía estar sin poseer las armas adecuadas, o no poner en acción los medios realmente necesarios, aunque tengamos que excedernos, porque un gato sin garras está realmente perdido.



¿Por qué en inglés pasar un gran susto se expresa con la frase having kittens (tener gatitos)?

El significado en inglés de esta frase quiere decir que alguien ha quedado terriblemente alterado, casi al borde de la histeria. A primera vista no existe ninguna conexión entre una situación de turbación y el dar a luz gatitos. Es cierto que una mujer dominada por el pánico o histérica, y que al mismo tiempo esté embarazada, puede abortar como resultado de la intensa perturbación emocional, o dar a luz antes de tiempo a causa del pánico. Todo esto no es difícil de entender. Pero, ¿por qué se refiere a gatitos y no a perritos o a cualquier otro animal?

Para encontrar una respuesta tenemos que atrasar el reloj a los tiempos medievales, cuando se creía que los gatos eran los familiares de las brujas. Si una mujer embarazada sufría de terribles dolores, se pensaba que estaba embrujada y que tenía unos gatitos que le clavaban las garras dentro de la matriz. Y puesto que las brujas

poseían control sobre los gatos, podían proporcionar pociones mágicas que destruyeran la camada, para que la infortunada mujer no diese a luz gatitos. Incluso en una fecha tan avanzada como el siglo XVIII, en un tribunal se dio una excusa para abortar, alegando que había que sacar "gatitos de la barriga".

Dado que cualquier mujer que se creyese embrujada y a punto de alumbrar una camada de gatitos se pondría histérica de miedo y de asco, resulta fácil comprender cómo la frase "tener gatitos" llegó a significar un estado extremo de pánico.

¿Por qué nos referimos a las siete vidas del gato?

La resistencia y fortaleza del gato llevó a la idea de que tenía más de una vida, pero la razón de dotarle de múltiples vidas siempre ha intrigado a la gente. La respuesta es bastante simple. En la antigüedad se consideraba un número de la suerte porque era una "trinidad de trinidades", y, por lo tanto, del todo adecuado para el "afortunado" gato.

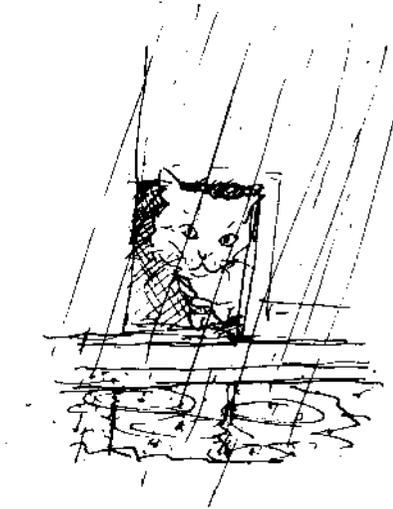
¿Por qué en inglés la expresión "no cabe un alfiler" se expresa con there is no room to swing a cat (no caber un gato)?

La frase se refiere al látigo conocido con el nombre de "gato", empleado antiguamente en los navíos, y no al animal en sí. El gato, o gato de nueve colas (porque tenía nueve tiras de cuero anudadas), era demasiado largo para poderlo emplear dentro del barco. Por lo tanto, los marineros condenados a una pena de azotes debían ser llevados a cubierta, donde había sitio para el gato.

La razón de que el látigo se llamase gato se debía a que dejaba cicatrices en la espalda de los marineros azotados, que recordaban las marcas de arañazos dejadas por un gato salvaje.

¿Por qué los ingleses la expresión “llover a cántaros” o “caer chuzos de punta” la expresan con la frase “llover perros y gatos” (it is raining cats and dogs)?

Esta frase se hizo popular en Inglaterra hace varios siglos, en una época en que las calles de las ciudades eran estrechas, sucias y tenían muy mal drenaje. Por lo general, las fuertes tormentas producían inundaciones torrenciales que ahogaban a un buen número de gatos famélicos y a perros que hurgaban comida por las callejuelas. Después de pasada la tormenta, la gente saldría de sus casas y se encontraría los cuerpos muertos de esos desgraciados animales, y los más crédulos de ellos se imaginarían que los cuerpos debían haber caído del cielo, y así, literalmente, habrían llovido perros y gatos.



Una descripción del impacto de una grave tormenta en la ciudad, escrita por Jonathan Swift, apoya este punto de vista:

“Ahora fluyen desde todas partes las hinchadas casetas, y llevan sus trofeos con ellas mientras flotan... cachorrillos

ahogados, hediondos espadines, todos envueltos en lodo, gatos muertos y grelos, derribados por la inundación.”

Algunos classicistas prefieren una explicación más antigua, sugiriendo que la frase se deriva del vocablo griego para catarata: catadupa. Si la lluvia caía en torrentes - como una cascada -, en ese caso la expresión “Ilover catadupa”, habría degenerado en “Ilover cats and dogs” (gatos y perros).